Eginardo

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

EGINARDO

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

(829-836)

Traducción

EGINARDO

VIDA DE CARLOMAGNO

Prólogo

Después de decidir escribir la vida y el trato, y en parte no pequeña las hazañas de mi señor, el excelentísimo y merecidamente famosísimo rey Carlos, que costeó mi mantenimiento, lo llevé a cabo con la mayor brevedad de que fui capaz, preocupándome por no omitir nada de todo lo que pudo llegar a mi conocimiento y por no molestar con una narración prolija los espíritus de quienes rechazan todo lo nuevo, si es que de algún modo se puede evitar no molestar con un nuevo relato a quienes rechazan incluso los testimonios antiguos y escritos por varones doctísimos y elocuentísimos.

Y aunque no me cabe duda de que hay muchos que, dedicados al ocio y a las letras, consideran que el estado de la época presente no debe ser descuidado a tal punto que absolutamente todos los hechos que ahora suceden se entreguen al silencio y al olvido como si no fueran dignos de recuerdo alguno, e incluso prefieren, llevados por el deseo de durar, presentar las preclaras acciones de otros en escritos de cualquier especie antes que sustraer la fama de su propio nombre a la memoria de la posteridad no escribiendo nada, con todo no creí que debía abstenerme de un relato como el presente, ya que tenía consciencia de que nadie podía escribirlo con más veracidad que yo, por haber tomado parte en persona en dichos hechos y haberlos conocido, como dicen, en calidad de testigo ocular y por no haber podido saber a ciencia cierta si otro los iba a escribir o no. Y juzgué preferible dejar a la memoria de la posteridad lo mismo ya confiado a las letras por otros antes que permitir que cayeran en las tinieblas del olvido la ilustrísima vida del mejor y más grande rey de todos los de su época y sus egregios actos, casi inimitables por los hombres de los tiempos que corren.

Existía también otra causa no irracional, según pienso, que por sí misma podría haber bastado para obligarme a escribir esto: el gasto que supuso mi manutención y la perpetua amistad, después que comencé a frecuentar su corte, con mi protector en persona y sus hijos. Con ella me ató a sí de tal modo y me hizo su deudor, tanto durante su vida como después de su muerte, que con razón parecería y podría ser considerado un ingrato si, olvidando los beneficios de que me hizo objeto, dejara pasar en silencio las celebérrimas e ilustrísimas hazañas del hombre que más merece mi aprecio y permitiera que su vida quedara sin poner por escrito y privada de la debida alabanza, como si nunca hubiese vivido.

Para escribir y explicarla hubiera sido preciso no mi pobre ingenio, que de débil y pobre es casi inexistente, sino la elocuencia ciceroniana. Mas he aquí el libro que contiene la memoria del más ilustre y grande de los hombres, en el que, salvo sus gestas, no hay nada que asombre, salvo, tal vez, el hecho de que un bárbaro muy poco ejercitado en el empleo de la lengua de Roma haya creído poder escribir de manera decente o conveniente en latín y haya llevado su desvergüenza hasta el punto de considerar despreciable lo que Cicerón, al hablar de los escritores latinos en el primer libro de sus *Tusculanas,* ha expresado: «Que alguien ponga por escrito sus pensamientos, sin poder ordenarlos, embellecerlos ni procurar con ellos algún deleite al lector, es cosa propia de un hombre que abusa desmesuradamente de su ocio y de las letras.»[1] Sin duda, esta opinión del egregio orador podría haberme apartado de la idea de escribir, si no hubiera ya determinado en mi espíritu someterme al juicio de los hombres y poner en peligro la reputación de mi pobre ingenio por escribir este libro antes que pasar por, alto el recuerdo de tan gran hombre sólo para evitarme ese tipo de disgustos.

[1] M. Tulio Cicerón, *Tusculanas,* I, 3, 6.

[1] La familia de los merovingios, de la cual los francos acostumbraban elegir sus reyes, duró, según se considera, hasta el rey Childerico, quien, por orden del pontífice romano Esteban, fue depuesto, tonsurado[2] y relegado a un monasterio. Pero aunque pueda parecer que acabó con él, sin embargo hacía ya tiempo que carecía de todo vigor y no se distinguía por nada más que por esa vacía palabra «rey». Pues las riquezas y el poderío del reino se hallaban en manos de los prefectos de palacio, que eran llamados mayordomos o intendentes de la casa y a quienes correspondía el poder supremo. Al rey no le quedaba ya nada más que, contento con el solo nombre de rey, la larga cabellera y la barba crecida, sentarse en el trono y representar la figura del gobernante, oír a los embajadores que venían de todas partes y, cuando marchaban, entregarles las respuestas que se le habían indicado o incluso ordenado como si fueran suyas. Salvo ese nombre de rey, casi inútil, y una precaria paga para sustentarse, que le acordaba a su placer el prefecto de la corte, no poseía nada propio, sino una sola finca, y de renta muy pequeña, en la que tenía una casa y una pequeña cantidad de servidores que le proporcionaban lo necesario, además de demostrarle respeto. A cualquier parte que tuviera que ir lo hacía en un carro tirado por bueyes uncidos a los que conducía un boyero a la manera rústica. Así solía ir al palacio, así a la asamblea pública de su pueblo, que tenía lugar anualmente en interés del reino, y así volvía a su casa. El prefecto de la corte proveía a la administración del reino y a todo lo que, dentro y fuera, debía atenderse y disponerse.

[2]. Desempeñaba este oficio, en el momento de ser depuesto Childerico, Pipino, el padre del rey Carlos, casi ya con carácter hereditario. Pues Carlos, su padre, que aplastó a los tiranos que reclamaban para sí el poder absoluto sobre toda Francia y derrotó a los sarracenos que intentaban ocupar la Galía en dos grandes combates —uno en Aquitania, cerca de Poitiers; el otro en las inmediaciones de Narbona, junto al río Berre— de modo que les obligó a regresar a España, y ocupó de modo ilustre esa misma magistratura que le fuera entregada por su padre, Pipino. El pueblo no acostumbraba conceder este cargo honorífico sino a quienes se destacaban de los demás por su ilustre linaje y la amplitud de sus riquezas.

Habiendo Pipino, el padre de nuestro rey Carlos, ocupado dicha magistratura que recibieran él y su hermano Carlomán de su padre y su abuelo y que compartieran en total concordia, su hermano, no se sabe por qué razones —aunque parece que llevado de su amor por la vida contemplativa—, tras abandonar la dura tarea de administrar el reino temporal, se dirigió a descansar a Roma, y allí, cambiando su hábito por el de monje y después de construir un monasterio en el monte Soracte, junto a la iglesia de San Silvestre, se dedicó a gozar de la deseada quietud durante algunos años, en compañía de los hermanos que habían venido junto con él a tal fin. Pero como muchos de los nobles que iban de Francia a Roma para cumplir anualmente sus promesas no querían dejar de presentarle sus respetos como antiguo señor, interrumpiendo con frecuentes visitas el ocio en que máximamente se deleitaba, se vio obligado a cambiar de lugar. Así pues, al ver que la repetición de la ceremonia obstaculizaba su propósito, abandonó el monte y se retiró a la provincia de Samnio, al monasterio de San Benito, situado en la ciudadela de Cassino, y allí terminó, viviendo religiosamente, lo que le quedaba de vida temporal.[3]

[3]. Así pues, Pipino, de administrador de palacio fue elevado a rey por la autoridad del pontífice de Roma, y después de reinar solo sobre los francos durante quince años o más, terminada la guerra contra Waifre, duque de Aquitania, que se prolongó durante nueve años continuos, murió en París de hidropesía, sobreviviéndole sus dos hijos, Carlos y Carlomán, a quienes, por voluntad divina, tocó la sucesión del reino. En efecto, los francos, reunidos solemnemente en asamblea

[2] La cabellera larga era un privilegio y un símbolo de realeza entre los merovingios. El papa mencionado por Eginardo no es Esteban II, sino Zacarías.

[3] En realidad, Carlomán terminó sus días en Viena.

general, los hicieron reyes a ambos con la condición de que se repartieran por igual todo el cuerpo del reino, y que tomaran, Carlos la parte que el padre de los dos, Pipino, había ocupado, y Carlomán la que el tío de ambos, de su mismo nombre, había gobernado. Ambas partes aceptaron las condiciones y recibieron la parte del reino dividido según el modo propuesto; y se mantuvo la concordia, aunque con suma dificultad, ya que muchos partidarios de Carlomán intentaron quebrar el acuerdo, al punto que algunos incluso procuraron hacerlos entrar en guerra. Pero los hechos posteriores demostraron que en todo esto había más sospecha que peligro, cuando, a la muerte de Carlomán, su esposa e hijos junto con algunos que eran los primeros de entre sus grandes, huyeron a Italia y, sin que existiera causa alguna, despreciando al hermano de su marido, se fue a poner bajo la protección de Desiderio, el rey de los longobardos.

Efectivamente, Carlomán, tras administrar el reino en común con su hermano durante un bienio, murió de enfermedad; Carlos, por su parte, a la muerte de Carlomán, fue nombrado rey por consentimiento de todos los francos.

[4] De su nacimiento y primeros años, e incluso de su infancia, como no hay nada declarado por escrito ni se encuentra ya a nadie que diga tener conocimiento de ello, juzgo absurdo escribir, de modo que me dispuse a pasar directamente, omitiendo lo desconocido, a sus actos y costumbres y a las demás partes de su vida que pueden explicarse y demostrarse; así pues, narrando en primer lugar sus hazañas en el orden interno y en el externo, luego sus costumbres y aficiones, finalmente la administración del reino y su muerte, no dejaré de lado nada de lo que es digno o necesario de conocerse.

[5] De todas las guerras que llevó a cabo, la primera que emprendió fue la de Aquitania, comenzada, pero no terminada, por su padre, porque le parecía que podía concluirse rápidamente, aún en vida de su hermano, a quien incluso solicitó ayuda. Y aunque su hermano no le proporcionara el socorro prometido, prosiguió denodadamente con la ejecución de la expedición comenzada, y no quiso desistir de la tarea una vez comenzada antes de concluir lo que procuraba llevar a término con incansable perseverancia. Obligó a dejar Aquitania y dirigirse a Gascuña a Hunoldo, quien después de la muerte de Waifre había intentado ocupar Aquitania y reemprender la guerra ya casi acabada. No soportando, sin embargo, que aquél permaneciera allí, después de atravesar el río Garona ordenó al jefe de los gascones, Lobo, enviándole embajadores, que le entregara al refugiado, amenazándole con declararle la guerra si no cumplía su orden de inmediato. Pero Lobo, pensándolo mejor, no sólo entregó a Hunoldo sino también se sometió a la autoridad de Carlos junto con la provincia que gobernaba.

[6] Solucionadas así las cosas en Aquitania, terminada esa guerra, y habiendo partido de este mundo también su asociado, llamado por el obispo de la ciudad de Roma, Adriano, y ante sus ruegos y plegarias, emprendió la guerra contra los longobardos.

Anteriormente, por cierto, y ante las súplicas del papa Esteban, también su padre había emprendido esta guerra con gran dificultad, pues algunos de los hombres principales de los francos a quienes solía consultar se habían mostrado a tal punto rebeldes a su voluntad que llegaron a proclamar de viva voz que abandonarían al rey y volverían a sus hogares. Sin embargo, se llevó a cabo la guerra, entonces contra el rey Astulfo, y fue concluida con gran celeridad. Pero si, al parecer, Carlos y su padre tuvieran una causa semejante, o más bien la misma, para emprender dicha guerra, no consta que se la llevase a término con esfuerzo y resultado semejantes. Pipino, después de pocos días de asedio en Pavía, obligó al rey Astulfo a entregar rehenes, devolver las plazas fuertes y castillos arrebatados a los romanos y a jurar que no volvería a apoderarse de lo

devuelto; Carlos, en cambio, después de dar comienzo a la guerra, no cejó de obtener la rendición del rey Desiderio, a quien había quebrantado antes con largo asedio, de obligar a marcharse no sólo del reino sino también de Italia a su hijo Adalgiso, hacia quien parecían inclinarse las esperanzas de todos, de restituir a los romanos todo lo que se les había arrebatado, de someter a Rodgaud, prefecto del ducado del Friul, que intrigaba para rebelarse, de reducir a toda Italia a su poder, y de imponerle como rey a su hijo Pipino.

Podría escribir aquí cuan difícil le resultó, al entrar a Italia, la travesía de los Alpes, y con qué gran esfuerzo superaron los francos las cimas inaccesibles de los montes, las peñas que sobresalían elevándose al cielo y los ásperos escollos, si no tuviera en mi ánimo el dejar constancia en esta obra de su modo de vida más que de las guerras que llevó a cabo. Con todo, el fin de esta guerra fue la sumisión de Italia, el exilio perpetuo del rey Desiderio, que fue deportado, la expulsión de su hijo Adalgiso, y la restitución del patrimonio arrebatado por los reyes de los longobardos a Adriano, cabeza de la Iglesia romana.

[7] Después del final de esta guerra, se continuó la sajona, que casi parecía interrumpida. El pueblo de los francos nunca emprendió una guerra más larga ni más atroz ni más penosa que ésta, porque los sajones, como casi todos los pueblos que habitan Germania, feroces por naturaleza, entregados al culto de los demonios y adversarios de nuestra religión, no consideraban deshonesto violar o transgredir. También existían causas que podían turbar cada día la paz, en especial el hecho de que nuestras fronteras y las de ellos estaban contiguas y casi en todas partes en lugar llano, salvo unos pocos lugares en los que o grandes bosques o las cimas de las montañas, interpuestas, delimitan con claridad los campos de unos y otros; en aquéllas no cesaban de producirse matanzas, robos e incendios recíprocos. Con todo esto, los francos terminaron por irritarse tanto que ya no juzgaron suficiente devolver las ofensas, sino emprender contra ellos una guerra abierta.

Así pues, se les declaró la guerra, que se llevó a cabo con gran animosidad por ambos bandos, aunque con mayores pérdidas para los sajones que para los francos, durante treinta y tres años ininterrumpidos. Hubiera podido terminar antes, si la perfidia de los sajones lo hubiera permitido. Es difícil decir cuántas veces vencidos y suplicantes los reyes se rindieron al rey, prometieron hacer lo que se les ordenaba, entregaron sin dilación los rehenes que se les mandaba, recibieron a los embajadores que se les enviaban, a veces tan dominados y debilitados que hasta prometieron abandonar el culto de los demonios y someterse a la religión cristiana; pero, así como a veces se mostraban inclinados a hacerlo, igualmente estuvieron siempre dispuestos a quebrantar sus juramentos, de modo que no sería fácil juzgar para cuál de ambas cosas podrían decirse con más verdad mejor preparados, puesto que después del comienzo de la guerra con ellos casi no pasó año sin que practicasen tal cambio.

Pero la magnanimidad del rey y su perpetua constancia, tanto en circunstancias adversas como favorables, no podía ser vencida por la mutabilidad de sus enemigos, ni apartada de lo que había comenzado. Pues nunca permitió que quedaran impunes cuando perpetraban una acción de tal tipo, castigando su perfidia ya poniéndose él mismo al frente del ejército, ya enviándolo con sus condes, e imponiéndoles una pena digna, hasta que, abatidos por completo y a su merced todos los que solían resistirle, trasladó a diez mil hombres de los que habitaban ambas orillas del Elba con sus mujeres e hijos y distribuyó a los deportados aquí y allí en Galia y Germania, en pequeños grupos; y se sabe que la guerra, así arrastrada durante tantos años, se terminó con la condición, propuesta por el rey y aceptada por los enemigos, de que tras abjurar del culto de los demonios y abandonar las ceremonias patrias, adoptaran la fe cristiana y sus sacramentos, y unidos con los francos formaran con ellos un solo pueblo.

[8] Durante esta guerra, aunque se prolongara por largo tiempo, no dio batalla, en persona, al enemigo más de dos veces: una vez cerca del monte que se denomina Osning, en un lugar llamado Thetmold, y otra junto al río Haase, y ambas en el mismo mes, con pocos días de diferencia. En estas dos batallas los enemigos fueron derrotados y desbaratados de tal modo que, con posterioridad a ellas, no osaron ya provocar al rey, ni oponerle resistencia en su avance, a no ser cuando se sentían protegidos por alguna fortificación del lugar. Sin embargo, en dicha guerra perecieron tantos hombres de los nobles francos como de los sajones y algunos de los que desempeñaban altos cargos. Finalmente, tocó a su fin después de treinta y tres años, durante cuyo transcurso tantas y tan tremendas guerras estallaron en diversas partes del mundo contra los francos, y conducidas por el rey con tanta habilidad que con razón se podría dudar si conviene admirar en él más su capacidad para resistir los esfuerzos o su buena suerte. Pues esta guerra dio comienzo dos años antes de la itálica, y aunque fuera llevada a cabo sin interrupción, sin embargo no se abandonó ninguna de las que tenían lugar en otras partes y en ningún sitio se interrumpió el combate, tan duro como contra los sajones.

Pues el rey, que sobrepasaba a todos los de su época en sabiduría y magnanimidad, no retrocedió ante nada de lo que hubiera que comenzar o continuar, ni a causa de los esfuerzos que exigiese, ni por temor, sino que, habiendo aprendido a soportar y aceptar cada cosa según su naturaleza, no acostumbraba ceder en la adversidad ni dejarse halagar en la prosperidad, cuando la fortuna le sonreía.

[9] Mientras combatía contra los sajones asiduamente y casi sin interrupción, tras disponer guarniciones en lugares convenientes de sus confines, atacó a España con el mayor aparato bélico que le era posible. Atravesado el obstáculo de los Pirineos, recibida la sumisión de todos los castillos y plazas fuertes que encontraba en su camino, regresó con su ejército incólume, salvo que le tocó en suerte, en el retorno, experimentar algo de la perfidia vasca. Pues como el ejército marchara desplegado en largas filas, según lo exigía la estrechez del lugar, los vascos, tendiendo una emboscada en la parte más elevada de la montaña —pues se trata de un sitio ideal para tender emboscadas a causa del espesor de los bosques, que abundan allí—, se precipitaron a la hondonada y, atacando a la retaguardia que portaba la impedimenta y a quienes cubrían la marcha del grueso del ejército y acudían en socorro de la retaguardia, trabaron combate con ellos hasta matar al último hombre; luego, apoderándose de los bagajes, protegidos por la noche que caía, se dispersaron con la mayor rapidez en diversas direcciones. Ayudaban en esto a los vascos lo ligero de las armas y la naturaleza del terreno en que se desarrollaba el hecho; por el contrario, los francos luchaban en inferioridad de condiciones debido a lo pesado de sus armas y la desventaja de su situación en el terreno. En esta batalla resultaron muertos Egiardo, senescal real, el conde de palacio Anselmo y Rolando, duque de la marca de Bretaña, junto con otros muchos. Y esta derrota no pudo ser vengada de inmediato, dado que el enemigo, una vez perpetrado el golpe, se dispersó de tal modo que no se pudo saber en modo alguno en qué parte del mundo se le podía encontrar.

[10] Sometió también a los bretones, quienes, como habitaban en el occidente, en una de las zonas extremas de la Galia, junto a las riberas del océano, no obedecían; así pues, envió una expedición contra ellos que les obligó a entregar rehenes y a prometer que en lo sucesivo harían lo que se les ordenara.

Entrando luego el rey en persona con su ejército en Italia y atravesando Roma para dirigirse a Capua, ciudad de Campania, una vez llegado allí, y tras haber acampado, amenazó a los habitantes de Benevento con la guerra, si no se le rendían. El jefe de éstos, Aragiso, conjuró el peligro enviando a sus hijos, Romualdo y Grimaldo, al encuentro del rey con una gran suma de dinero, y rogándole que recibiera a los nombrados como rehenes, prometió que él y su pueblo cumplirían con

lo que se les mandara, con la sola condición de que se le dispensara de comparecer en persona.

El rey, por consideración al interés del pueblo antes que a la obstinación de espíritu de su jefe, aceptó los rehenes que se le habían ofrecido y concedió como favor especial al padre que no compareciera ante su presencia; reteniendo en calidad de rehén al hijo menor, le envió al mayor. Tras despedir a los embajadores para que exigieran y aceptaran de los beneventinos y su jefe los juramentos de fidelidad, regresó a Roma y después de transcurrir allí unos días para venerar los lugares santos, regresó a la Galia.

[11] Después estalló repentinamente la guerra en Baviera, que se terminó en corto tiempo. Fue producto conjuntamente de la soberbia y necedad del duque Tasilón, quien, animado por su esposa, hija del rey Desiderio y que creía poder vengar, a través de su marido, el exilio de su padre, pactando con los hunos —que se encuentran al oriente de los bávaros—, no sólo intentaba desobedecer al rey, sino que le provocaba a la guerra. La cólera del rey no pudo soportar tal arrogancia, por parecerle excesiva; y por consiguiente, convocando a sus tropas de todas partes, se dirigió en persona al río Lech con un gran ejército para atacar Baviera. Dicho río separa a los bávaros de los alamanes. Establecido su campamento a orillas del mismo, antes de entrar en la provincia, decidió sondear el ánimo del duque a través de sus enviados. Tasilón, considerando que no sería de utilidad ni para sí mismo ni para su pueblo empecinarse en seguir con las acciones, se presentó al rey como suplicante, entregó los rehenes que se le ordenaban, entre los que se hallaba también su hijo Teodón, y prestó además juramento de fidelidad, en el sentido de que no daría más oídos a nadie que quisiese persuadirle a desobedecer la autoridad del rey. Y así se puso rapidísimo fin a una guerra que parecía estar a punto de convertirse en la más importante.

Sin embargo, más tarde, Tasilón, llamado a presencia del rey, se encontró con que se le negaba el permiso de regresar a su provincia, cuyo mando se le denegó por más tiempo; en cambio, se encargó su gobierno no a un duque, sino a condes.

[12] Solucionadas de tal modo dichas sublevaciones, se emprendió la guerra contra los eslavos, que entre nosotros, por costumbre, reciben el nombre de vilzes, pero que en realidad, en su propia lengua, se llaman velátabos. En ella tomaron parte también los sajones, en calidad de auxiliares, entre los restantes pueblos que seguían los estandartes del rey porque así se les había ordenado, aunque su obediencia era fingida y menos devota. La causa de la guerra fue que los velátabos hacían frecuentes incursiones contra los abodritos, antiguamente aliados de los francos, y era imposible obligarles a que se abstuvieran de hacerlo sólo con órdenes.

Un golfo se extiende desde el océano occidental hacia el oriental, y es de una longitud desconocida, pero de una amplitud que en ninguna parte excede de los cien mil pasos, aunque en muchos sitios se revela más angosta.

Alrededor de él están establecidos muchos pueblos. Los daneses y los suecos, a los que llamamos normandos, ocupan la costa septentrional y todas las islas, mientras *que* habitan en la costa austral los eslavos, los estes y muchos otros pueblos, entre quienes se distinguen particularmente los velátabos contra quienes entonces guerreaba el rey.

Con sólo una expedición, que había conducido personalmente, los aniquiló y venció de tal forma que con posterioridad nunca pensaron en negarse a cumplir sus órdenes.[4]

[4] Eginardo olvida el alzamiento en 808 y las expediciones sucesivas desde entonces hasta 812.

[13] A esta guerra sucedió la mayor de todas sus campañas, salvo la que emprendiera contra los sajones: me refiero, evidentemente, a la que libró contra los avaros o hunos, y que dispuso con más ánimos y con grandísimos recursos. No obstante, sólo realizó una campaña personal contra Panonia —pues entonces aquel pueblo habitaba dicha provincia—, dejando que se encargaran de las restantes su hijo Pipino, los prefectos de las provincias y también condes y legados. Habiendo éstos llevado a cabo su cometido con gran celo, la guerra llegó por fin a término después de ocho años.[5] Cuántas batallas se llevaron a cabo en su transcurso, cuánta sangre fue derramada durante el mismo, lo atestiguan Panonia, vacía de todo habitante, y el lugar en que se encontraba el palacio real del khagan,[6] a tal punto desierto que no se advierte hoy en él ni siquiera un vestigio de vida humana. Toda la nobleza de los hunos pereció en esta guerra, toda su gloria se desmoronó; toda su riqueza y los tesoros reunidos a lo largo de los tiempos se convirtieron en botín, y no puede recordarse guerra alguna de las emprendidas contra los francos de la que éstos hayan salido más enriquecidos y aumentados en sus recursos. Y como hasta entonces casi parecían pobres, y encontraron en el palacio real tanto oro y plata, tantos despojos preciosos obtenidos en combates, con razón podría creerse que los francos arrebataron con justicia a los hunos lo que éstos habían sacado injustamente a otros pueblos.

De los francos, sólo dos de los próceres perecieron en esa guerra: Eric, duque de Friul, en Liburnia, junto a la ciudad marítima de Tersatto, interceptado en una emboscada que le prepararan los habitantes, y Gerold, gobernador de Baviera, asesinado por un desconocido, junto con dos que le acompañaban solos mientras, a caballo, exhortaba a sus soldados uno a uno en el momento en que disponía la formación de combate para ofrecer batalla a los hunos. Por lo demás, esta guerra resultó casi incruenta para los francos y tuvo un final sumamente próspero, aunque se dilató por más tiempo del que su magnitud exigía.

Después de ésta, también la guerra contra los sajones recibió una conclusión apropiada a su larga duración. Tampoco consiguieron durar mucho las emprendidas por bohemos y linones, que estallaron después; ambas alcanzaron un rápido final bajo la conducción de Carlos el Joven.

[14] La última guerra se llevó a cabo contra los normandos, llamados daneses, quienes, después de practicar la piratería, devastaban con una poderosa flota las costas de Galía y Germania, Su rey Godofredo de tal manera se había llenado de vanas esperanzas, que se prometía el poder sobre toda Germania; también consideraba Frisia y Sajonia no de otra manera que como provincias de su propiedad. Ya había sometido a los abodritos, ya los había hecho tributarios suyos; incluso se jactaba de que en breve se presentaría con una enorme tropa en Aquisgrán, donde estaba la corte del rey. Y no se denegaba del todo la fe a sus palabras, aunque insensatas, sino que más bien se pensaba que daría comienzo a algo por el estilo, de no habérselo impedido una muerte repentina. Pues su muerte a manos de uno de sus guardianes aceleró el fin de su vida y de la guerra que había empezado.

[15] Éstas son las guerras que el poderosísimo rey llevó a cabo durante cuarenta y siete años —otros tantos fueron los años de su reinado— en diversas partes del mundo con tanta prudencia como felicidad. Con ellas amplió tan generosamente el reino de los francos, ya recibido de su padre Pipino grande y poderoso, que casi lo aumentó al doble. En efecto, mientras anteriormente los francos denominados orientales no ocupaban más que la parte de la Galia que se extiende entre el Rin, el Loira, el océano y el mar Balear y la parte de Germania situada entre Sajonia, el Danubio, el Rin y el Saale, que separa a los turingios de los sorabos, además de los alamanes y bávaros, que entraban dentro de la esfera de poder del rey de los francos, el rey Carlos, a través de las guerras

[5] Erróneo: los *Anuales royales* señalan que duró de 791 a 803.

[6] Título que llevaba el rey de los avaros, a ejemplo de un gran número de soberanos asiáticos.

ahora recordadas, logró la anexión de Aquitania, Gascuña, toda la cadena de los montes Pirineos y la zona que llega hasta el río Ebro, que, nacido entre los navarros, desemboca en el mar Balear bajo las murallas de la ciudad de Tortosa, después de atravesar los campos más fértiles de Hispania; luego añadió toda Italia, que, de Aosta hasta la Calabria inferior, en donde, como se sabe, están los confines entre griegos y beneventinos, se extiende en una longitud de más de un millón de pasos; luego añadió Sajonia, que es por cierto una parte nada desdeñable de Germania, donde ocupa un espacio de una longitud similar al que ocupan los francos y de una extensión que se considera el doble; después de ésta añadió ambas Panonias, la Dacia (en la otra orilla del Danubio), Istria y también Liburnia y Dalmacia, excepción hecha de las ciudades marítimas que concedió al emperador de Constantinopla en razón de su amistad y del acuerdo alcanzado con él; por último, sometió a todos los pueblos bárbaros y feroces que, establecidos entre los ríos Rin y Vístula, el océano y el Danubio, muy semejantes por su lengua pero absolutamente distintos por costumbres y forma de vida, habitan en Germania, al punto de convertirlos en tributarios: son los principales de ellos los velátabos, los sorabos, los abodritas, los bohemos; y contra éstos libró combates. En cuanto a los restantes, en número mucho mayor, aceptó su espontánea rendición.

[16] También acrecentó la gloria de su reino conciliándose la amistad de reyes y pueblos.

Por ejemplo, se vinculó tan estrechamente con Alfonso, rey de Galicia y Asturias, que éste, cada vez que enviaba a Carlos cartas o embajadores, ordenaba que no se le llamara ante el rey franco sino «su servidor».

También consiguió, gracias a su munificencia, que los reyes escoceses se inclinaran a su voluntad, al punto de no llamarle sino señor y decirse sus súbditos y siervos. Quedan cartas enviadas por ellos en las que se manifiestan de este modo sus sentimientos para con el rey.

Con el rey de los persas, Harun, quien, salvo la India, poseía casi todo el Oriente, mantuvo tal concordia en la amistad, que éste anteponía su favor a la amistad de todos los reyes y príncipes que existían en el mundo entero y consideraba que debía tratarle con todos los honores y gran munificencia. Y cuando los embajadores del franco, a los que había enviado con ofrendas al muy sagrado sepulcro y lugar de resurrección del Señor y Salvador nuestro, presentándose a él, le descubrieron la voluntad de su señor, no sólo permitió Harun que vieran satisfechos sus deseos, sino que también consintió que aquel sitio sagrado y redentor fuese colocado bajo la autoridad de Carlos; y al regresar los embajadores los hizo acompañar por los suyos, cargados de enormes regalos para él —tejidos, perfumes y las demás riquezas de las tierras de Oriente—, siendo que ya pocos años antes le habían enviado, a su petición, el único elefante que por entonces poseía.

También los emperadores de Constantinopla, Nicéforo, Miguel y León, que por propia voluntad solicitaban su amistad y alianza, le enviaron varias embajadas. Sin embargo, como éstos sintieran fuertes sospechas de él por haber tomado el título de emperador, como si quisiera arrancarles el imperio, concluyó con ellos un solidísimo tratado, para que no quedara entre las partes ninguna ocasión de agravio. En efecto, el poderío de los francos resultaba siempre sospechoso a romanos y griegos, y de ello proviene el dicho griego: «Si tienes al franco como amigo, no lo tienes como vecino.»

[17] Pero aun cuando se mostrara tan grande en la ampliación del reino y en el sometimiento de pueblos extranjeros, y se dedicara con asiduidad a ocupaciones de tal clase, sin embargo dio comienzo en diversos lugares a muchísimas obras destinadas a ornamento y utilidad del reino, e incluso logró terminar algunas. Entre éstas pueden pasar, no sin razón, como principales la basílica de la santa Madre de Dios, de una construcción admirable, en Aquisgrán, y el puente sobre el Rin en Maguncia, de quinientos pasos de longitud (pues tal es la anchura del río en ese lugar). Con todo,

este último se incendió un año antes de su muerte y no pudo ser reconstruido a causa de su fallecimiento, aunque ya meditaba hacerlo de piedra en lugar de madera.

Dio comienzo también a dos palacios de admirable arquitectura, uno no lejos de la ciudad dé Maguncia, cerca de la villa que recibe el nombre de Ingelheim, y el otro en Nimega, sobre el río Waal, que baña la isla de los bátavos por la parte meridional. Pero sobre todo tomó nota de las casas de Dios que en todas partes de su remo se encontraban en ruinas, y ordenó a los pontífices y prelados a cuyo cargo estaban que las restauraran, preocupándose, a través de sus enviados, de que sus órdenes fuesen cumplidas.

Armó una flota para emplear en la guerra contra los normandos; para ese fin hizo construir naves junto a los ríos que, desde Calía y desde Germania, desembocan en el océano septentrional. Y como los normandos devastaban con asiduas correrías el litoral galo y germánico, colocó centinelas y puestos de guardia en todos los puertos y desembocaduras de los ríos, por donde parecía que podían entrar naves, impidiendo así que el enemigo pudiese huir. Lo mismo hizo desde la parte meridional en la provincia de Narbona y Septimania, y también en todo el litoral de Italia hasta Roma contra los moros, dedicados últimamente a ejercer la piratería, Y gracias a esto, durante su vida, ningún grave daño sufrieron Italia por parte de los moros, ni Galía y Germania de los normandos, salvo que Civitavecchia, ciudad de Etruria, fue capturada y devastada por los moros debido a una traición, y en Frisia algunas islas contiguas al litoral germánico fueron saqueadas por los normandos.

[18] Es bien sabido que tal fue Carlos tanto en la protección como en la ampliación del reino, al mismo tiempo que en su embellecimiento. A partir de ahora comenzaré a hablar de las dotes de su espíritu, de su extraordinaria constancia en todas las circunstancias, prósperas o adversas, y de todo lo que concierne a su vida privada e íntima.

Habiendo repartido, después de la muerte de su padre, el reino con su hermano, soportó con tan gran paciencia la enemistad y odio de éste, que a todos pareció sorprendente que ni siquiera se dejara llevar por la ira contra él.

Después, por consejo de su madre, desposó a la hija del rey de los lombardos, Desiderio, a la que, sin que se sepa a ciencia cierta por qué, repudió al cabo de un año, y tomó en matrimonio a Hildegarda, mujer de elevada alcurnia del pueblo de los suabos. De ella tuvo tres hijos, a saber: Carlos, Pipino y Luis, y otras tantas hijas: Rotruda, Berta y Gila. Tuvo también otras tres hijas, Teodrada, Hiltruda y Rodaida, las dos primeras de su esposa Fastrada, que pertenecía al pueblo de los francos orientales, o sea germánicos, y la tercera de una concubina, cuyo nombre no tengo presente en este momento. Tras la defunción de Fastrada, tomó como esposa a la alamana Liutgarda, de la que no tuvo hijos. Después de su muerte tuvo cuatro concubinas, a saber: Madelgarda, que le dio una hija de nombre Rotilda; Gersvinda, de estirpe sajona, de quien nació una hija de nombre Adaltruda; Regina, que le dio a Drogón y Hugo, y Adalinda, en quien engendró a Teodorico.

Su madre, Bertrada, envejeció junto a él rodeada de los máximos honores. En efecto, la trataba con suma reverencia, de modo que nunca surgió entre ellos discordia, salvo en el divorcio de la hija del rey Desiderio, a la que había desposado por persuasión materna. Finalmente murió tras la muerte de Hildegarda, habiendo ya visto tres nietos y otras tantas nietas en la casa de su hijo. Su hijo la hizo enterrar con grandes honores en la misma basílica en que reposa su padre, la de Saint-Denis.

Tenía una única hermana, llamada Gila, consagrada desde los primeros años de su juventud a la vida religiosa, a la que, de modo similar que a su madre, trató con gran amor. También ella murió pocos años antes del fallecimiento del rey en el monasterio en que había pasado su vida.

[19] Decidió que sus hijos debían ser instruidos de modo que tanto los hijos como las hijas se iniciaran primero en las artes liberales, a las que él también se dedicaba; luego hizo que los varones se ejercitaran en el manejo de las armas, en cabalgar y cazar, según la costumbre de los francos, en cuanto la edad lo permitió, mientras que ordenaba que las hijas se acostumbraran a trabajar la lana, se dedicaran al huso y a la rueca, para que no se dejaran llevar por el ocio, y que se les enseñara todo lo correspondiente a una mujer honesta.

De todos estos, sólo perdió dos hijos y una hija antes de morir él mismo: Carlos, el mayor de edad, Pipino, al que había hecho rey de Italia, y Rotruda, que era la mayor de sus hijas y había sido prometida en matrimonio a Constantino, emperador de los griegos. De ellos, Pipino dejó a su muerte un hijo, Bernardo, y cinco hijas, Adelaida, Atula, Cendrada, Bertaide y Teodrada: en ellos dejó el rey señalada prueba de su afecto, cuando, al morir su hijo, hizo que su nieto sucediera al padre y que sus nietas fueran educadas junto con sus propias hijas. Soportó con menos resignación que lo que hacía prever la fuerza de ánimo que le distinguía las muertes de sus hijos e hija, viéndose llevado a las lágrimas por el amor paterno, en el que era no menos insigne.

Asimismo, cuando se le anunció el fallecimiento del romano pontífice Adriano, a quien consideraba el principal entre sus amigos, lloró como si hubiese perdido a un hermano o un hijo amadísimo. Pues era sumamente equilibrado en sus amistades: las hacía fácilmente, las mantenía con suma constancia, y cultivaba con gran devoción a todos aquellos con los que se había unido por este vínculo. Demostró tanta atención por la forma en que se educaban sus hijos e hijas, que nunca, en su casa, cenaba sin ellos, jamás se ponía en marcha sin ellos. Sus hijos cabalgaban a su lado, mientras las hijas los seguían detrás, cerrando el cortejo, con algunos guardianes encargados de protegerlas.

Siendo ellas muy hermosas, y amándolas como las amaba, es extraño que nunca quisiera darlas en matrimonio, a ninguna, a alguien de los suyos o a un extranjero; por el contrario, las retuvo a todas consigo en su casa hasta el momento de su fallecimiento, diciendo que no podía privarse de su compañía. Y a causa de ello, aunque en otras cosas afortunado, experimentó la malignidad de la adversa fortuna. Sin embargo, disimuló, como si jamás hubieran corrido rumores sobre ellas o hubiese surgido sospecha alguna sobre su deshonor.

[20] De una concubina había tenido un hijo, de nombre Pipino, a quien no he mencionado entre los demás, de bella apariencia, aunque giboso. Aprovechando el hecho de que su padre, en guerra con los hunos, pasaba el invierno en Baviera, simuló una enfermedad para conspirar contra él con algunos de los principales francos que le habían seducido con vanas promesas de hacerle ceñir la corona. Después de descubrir el fraude y de condenar a los conjurados, Carlos le concedió recibir la tonsura en el convento de Prüm, ya que su hijo había expresado el deseo de consagrarse a la vida religiosa.

Con anterioridad, también se había producido otra peligrosa conspiración contra el rey, en Germania. Sus responsables, algunos privados de la vista, otros indemnes, fueron todos condenados al exilio y deportados; ninguno de ellos recibió como castigo la muerte, sino tan sólo tres, que, como se defendieran desenvainando las espadas para no ser apresados y hubieran incluso matado a algunos, fueron muertos, dado que no se les podía reducir de otro modo.

Se cree, sin embargo, que de estas conspiraciones la causa y origen fue la crueldad de la reina Fastrada; y en ambas se conspiró contra el rey, porque, consintiendo la crueldad de su esposa, parecía haberse salido de forma exorbitante de la acostumbrada mansedumbre y benignidad de su índole. Por lo demás, durante todo el tiempo en que vivió, lo hizo, en su casa o fuera de ella, con gran amor y favor por parte de todos, al punto de que nunca nadie le hizo el más mínimo reproche de crueldad injusta.

[21] Amaba a los peregrinos y demostraba suma atención al recibirlos, de tal modo que no sin razón su gran número parecía una carga onerosa no sólo para el palacio sino también para el reino. Sin embargo, él, con su grandeza de ánimo, no se sentía molesto en absoluto por un peso de tal tipo, ya que sentía recompensados sus enormes gastos y esfuerzos con el elogio de su liberalidad y la recompensa de la buena fama.

[22] Fue de cuerpo amplio y robusto, de estatura elevada, que con todo no pasaba de la justa medida —pues consta que su talla era de siete pies de alto—, de cabeza terminada en forma redonda, de ojos muy grandes y vivaces, de nariz algo mayor que la media, de bellos cabellos blancos, de cara alegre y jovial, de todo lo cual adquiría, en su aspecto, tanto sentado como de pie, autoridad y dignidad. Aunque su cuello parecía grueso y corto y su vientre algo prominente, la equilibrada armonía de los demás miembros lo disimulaba. Su paso era resuelto, y viril toda la apariencia de su cuerpo; tenía la voz clara, pero esto no convenía en absoluto a su aspecto físico; de muy buena salud, salvo por el hecho de que, antes de su muerte, en los últimos cuatro años le acometían frecuentes accesos febriles, y al final incluso cojeaba. Pero entonces también hacía casi todo siguiendo más su criterio que el de los médicos, a los que casi odiaba, porque le aconsejaban que dejara los alimentos asados, a los que estaba habituado, y se acostumbrara a los hervidos.

Practicaba con asiduidad la equitación y la caza, cosa que le venía de nacimiento, pues apenas podrá encontrarse un pueblo en el mundo que pueda igualar a los francos en este tipo de ejercicios. También se deleitaba con los vapores de aguas termales, ejercitando su cuerpo reiteradamente en la natación, en la que fue maestro tan consumado que nadie, con justicia, podría haber sido considerado superior a él. Incluso por esta razón construyó un palacio en Aquisgrán, donde residió permanentemente en los últimos años de su vida hasta su muerte. Y no sólo invitaba a los baños a sus hijos, sino a amigos y nobles, e incluso algunas veces a una multitud de guardianes y guardias de corps, de modo que a veces se encontraban en el agua junto con él cien hombres o más.

[23] Llevaba el vestido nacional de los francos: sobre el cuerpo, una camisa y calzones de lino; encima, una túnica bordada de seda y unos calzoncillos largos; después, envolvía sus piernas en cintas y bandas y sus pies en calzados, y protegía del frío sus hombros y pecho con un jubón de pieles de nutria o de ratón, envuelto en un sayo azulado; ceñía siempre una espada, cuya empuñadura y vaina eran siempre de oro o de plata. A veces usaba también una espada larga adornada de piedras preciosas, pero sólo en las fiestas más importantes o cuando llegaban embajadores de pueblos extranjeros. Rechazaba, eso sí, la indumentaria de otras naciones, por más que fuera muy hermosa, y no sufría que se le vistiera con ella, salvo en Roma, una vez porque se lo suplicó el pontífice Adriano y otra a petición del sucesor de éste, León, cuando vistió una túnica larga y la clámide y se calzó también según la costumbre romana. Durante las festividades se presentaba adornado con una vestimenta tejida en oro, calzado decorado con gemas, un broche de oro que sujetaba su sayo, y una diadema también de oro y piedras preciosas. Pero en los otros días su forma de vestirse se diferenciaba poco de la común y plebeya.

[24] Moderado en la comida y la bebida, pero aún más en esta última porque abominaba la ebriedad en cualquier hombre, y mucho más en él mismo y en los suyos. No podía abstenerse igualmente de la comida, y a menudo se quejaba de que los ayunos resultaban dañosos para su cuerpo.

Poquísimas veces ofrecía banquetes, y sólo en las festividades más importantes, pero entonces con gran cantidad de convidados, Su cena cotidiana constaba tan sólo de cuatro platos, además del asado, que los cazadores acostumbraban ensartar en los asadores, y que comía con más agrado que

cualquier otro alimento. Durante la cena oía un poco de música o a un lector. Se le leían las historias y hazañas de los antiguos. También le agradaban los libros de San Agustín, y en especial el titulado *La ciudad de Dios.*

Era tan moderado con el vino y con cualquier otra bebida, que raramente bebía en la cena más de tres veces. En el verano, después de la comida del mediodía, tomaba algunas frutas, bebía una vez, y se desvestía y descalzaba como acostumbraba hacer durante la noche, para descansar dos o tres horas. Por las noches, se despertaba durante el sueño cuatro o cinco veces, teniendo incluso que levantarse todas ellas.

Mientras se vestía y calzaba, no sólo recibía a los amigos, sino también, en el caso de que el conde de palacio le dijera que había un litigio que no podía decidirse sin su intervención y orden, hacía entrar de inmediato a los litigantes y, como si estuviera sentado en el tribunal, después de escuchar la exposición de la querella, dictaba sentencia; y no sólo decidía esto entonces, sino también todo lo que en ese día debía hacerse en cada servicio o las órdenes que había que dar a sus subordinados.

[25] Tenía la palabra fácil y exuberante y podía expresar con muchísima claridad lo que deseaba. Y no satisfecho con el uso de su lengua materna, también se dedicó al estudio de las lenguas extranjeras; y aprendió el latín de modo tal que solía hablar con él igual que en su lengua materna; pero el griego podía entenderlo mejor que hablarlo. Era tan fácil de palabra y elocuente que podía llegar a parecer un tanto burlón y cáustico.

Cultivó con gran afán las artes liberales y, lleno de veneración por los sabios que las enseñaban, los trataba con los máximos honores. Durante su estudio de la gramática escuchó las lecciones de Pedro de Pisa, el diácono, ya anciano; en las demás disciplinas tuvo por preceptor a Alcuino, llamado Albino, también diácono, hombre de estirpe sajona procedente de Gran Bretaña y el varón más sabio de su época. Junto a él dedicó mucho tiempo y esfuerzo al aprendizaje de la retórica y la dialéctica, pero sobre todo de la astronomía. Aprendía el arte del cálculo y examinaba con gran curiosidad y sagaz atención el curso de los astros. También intentaba escribir, y para ello solía tener en el lecho, bajo las almohadas, tablillas y pliegos de pergamino, a fin de acostumbrar la mano a trazar las letras, cada vez que tuviera tiempo libre; pero este esfuerzo, comenzado demasiado tarde, tuvo poco éxito.

[26] Practicó devotísimamente y con gran piedad la religión cristiana, en la que se educó desde la primera infancia, y por ello construyó en Aquisgrán una basílica de excelsa belleza y la adornó de oro, plata y candelabros, y también de balaustradas y puertas de bronce macizo. Como para levantar el edificio no pudiera encontrar en otra parte columnas y mármoles, se ocupó de hacerlos venir de Roma y Ravena.

Frecuentaba infatigablemente la iglesia por la mañana y la tarde, e igualmente en los oficios de la noche y en el momento del sacrificio de la misa,[7] mientras la salud se lo permitió, y se cuidaba mucho de que todo lo que ocurría en ella lo hiciera con la mayor honestidad, amonestando frecuentísimamente a los sacristanes que no permitieran que se trajera o quedara en ella nada indecente o sórdido. Se ocupó de que hubiera en ella tal cantidad de vasos sagrados de oro y plata y de ornamentos sacerdotales que durante la celebración de las misas ni siquiera los porteros, que son los últimos de los órdenes eclesiásticos,[8] tenían necesidad de ejercer su ministerio en vestido particular.

---

[7] Como sólo había una misa por la mañana, en esa época, Eginardo quiere decir que el rey asistía también a las «horas» matutinas, vespertinas y nocturnas. (N. del E.)

[8] Cuatro son los órdenes «menores»: portero, lector, exorcista, acólito. (N. del E.)

Demostró especial diligencia en corregir la forma de leer y salmodiar, pues era sumamente erudito en ambas cosas, a pesar de no leer en público y no cantar sino con el resto de los fieles y en voz baja.

[27] Se mostró devotísimo en la práctica del sustento de los pobres y la liberalidad gratuita, que los griegos llaman limosna, al punto de no conformarse con ocuparse de ello sólo en su patria y en su reino, sino también allende los mares, en Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago, de donde le habían llegado noticias de la existencia de cristianos que vivían en la pobreza: compadeciéndose de sus penurias, solía enviarles dinero, y buscaba la amistad de los reyes de ultramar sobre todo para que los cristianos necesitados bajo el dominio de aquéllos encontraran algún alivio y consuelo.

Más que a los demás lugares sagrados y venerables distinguía con su devoción a la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma. Reunió grandes sumas de oro, plata y también piedras preciosas, que le donó; envió muchos e innumerables presentes a los pontífices, y en todo el tiempo que duró su reinado no consideró nada más importante que restaurar por medio de sus esfuerzos y acciones la antigua autoridad de la ciudad de Roma, y no sólo defender y proteger con su brazo la iglesia de San Pedro, sino también enriquecerla y adornarla con sus recursos para que brillara por encima de todas las otras. Pero aunque la tuviera en tanta consideración y estima, en el período de cuarenta y ocho años de su reinado, sólo la visitó en cuatro oportunidades con el fin de cumplir sus promesas y rezar.

[28] No sólo fueron éstas las causas de su última visita, sino también el que los romanos obligaron al pontífice León, objeto de sus muchas violencias —le habían arrancado los ojos y cortado la lengua—, a implorar el socorro del rey. Así pues, se dirigió a Roma con el objeto de restablecer la situación de la Iglesia, en extremo perturbada, y allí permaneció todo el invierno. En esa época recibió el nombre de emperador y augusto. Y en un primer momento se mostró tan contrario a ello que llegó a afirmar que en ese día, aunque fuera una festividad mayor, no hubiera entrado en la iglesia de haber podido conocer por anticipado el proyecto del pontífice. Con todo, soportó con gran paciencia la indignación de los emperadores romanos,[9] que sentían odio y envidia por el título que había tomado; y venció la obstinación de aquéllos con su magnanimidad, en la que les llevaba gran ventaja fuera de toda duda, enviándoles frecuentes embajadas y llamándolos hermanos en sus cartas.

[29] Después de recibir el título imperial, advirtiendo que mucho faltaba a las leyes de su pueblo —pues los francos tienen dos leyes, muy diferentes en muchísimos puntos—, pensó en añadir lo que faltaba, hacer coherente lo discrepante, y corregir los errores y las faltas de redacción. Pero de todo esto no hizo más que agregar unos pocos artículos, e inacabados, a las leyes. Sin embargo, hizo poner por escrito las leyes que aún no lo estaban de todos los pueblos sometidos a su dominio.

Igualmente ordenó transcribir los antiquísimos poemas bárbaros, en los que se cantaban los actos y las guerras de los antiguos reyes, para que su recuerdo no se perdiese. También dio principio a una gramática de su lengua materna.

También dio a los meses los nombres en su propia lengua, ya que antes de entonces los francos los llamaban en parte con nombres latinos y en parte con nombres bárbaros. Actuó del

9 Los emperadores orientales se consideraron siempre como herederos de los primeros emperadores romanos, cuyo título habían llevado siempre. (N. del E.)

mismo modo con los nombres de los doce vientos, para los cuales antes no había sino cuatro como máximo que pudieran designarlos en su lengua. Y a los meses los llamó como sigue: a enero, *wintarmanoth;* a febrero, *hornung;* a marzo, *lentzinmanoth;* a abril, *ostarmanoth;* a mayo, *winnemanoth;* a junio, *brachmanoth;* a julio, *heuuimanoth;* a agosto, *aranmanoth;* a septiembre, *witumanoth;* a octubre, *windumemanoth;* a noviembre, *herbistmanoth;* a diciembre, *heilagmanoth.* En cuanto a los vientos, les impuso los nombres del siguiente modo: el viento del este se llamaría *ostroniwint;* el euro o del sudeste, *ostsundroni;* el del sud-sudeste, *sundostroni;* el del sur, o austro, *sundroni;* el del sud-sudoeste, *sundwestroni;* el del sudoeste, *westsundroni;* el céfiro, o del oeste, *westroni;* el del noroeste, *westnordroni;* el del nor-noroeste, *nordwestroni;* el del norte, o septentrión, *nordroni;* el de nor-noreste, o aquilón, *nordostroni;* el del noreste, *ostnordroni.*

[30] Al final de su vida, como le doblegara el peso de la enfermedad y la vejez, hizo llamar a su presencia a Luis, su hijo y rey de Aquitania, y el único de los hijos de Hildegarda que le quedaba, y congregados en asamblea general los principales de todo el reino de los francos, por consejo de todos le nombró su asociado en todo el reino y heredero del título imperial. Luego, imponiéndole la diadema en la cabeza, ordenó que se le llamara augusto y emperador. Esta decisión fue acogida por todos los presentes de manera muy favorable, pues parecía inspirada por Dios en bien del remo. Este hecho aumentó aún más la majestad de Carlos e inspiró un terror no pequeño a los pueblos extranjeros. Después, tras despedir a su hijo, que marchó a Aquitania, de la manera acostumbrada, aunque cargado de años, se dirigió a cazar no lejos de su palacio de Aquisgrán, y regresó allí alrededor de las calendas de noviembre, tras pasar el resto del otoño ocupado en aquella actividad.

Mientras pasaba en su palacio el invierno, atacado en el mes de enero por una fuerte fiebre, tuvo que guardar cama. De inmediato, como solía hacer en los casos de fiebre, se prescribió una dieta, pensando que con esta abstinencia de alimento podría liberarse de la enfermedad o al menos mitigarla. Pero al añadirse a la fiebre un dolor del costado, al que los griegos llaman pleuresía, y persistiendo él en seguir la dieta, sin sustentar su cuerpo más que con poquísimas bebidas, al séptimo día de guardar cama murió después de recibir la sagrada comunión. Contaba entonces setenta y dos años de edad y llevaba cuarenta y siete de reinado. El fallecimiento ocurrió el quinto día de las calendas de febrero, a la tercera hora del día.[10]

[31] Su cuerpo, según el rito, lavado y vestido, fue llevado a la iglesia e inhumado entre la absoluta desolación de todo el pueblo. Se dudó primero acerca del lugar del entierro, ya que él mismo, en vida, no había ordenado nada al respecto. Finalmente quedó claro en el espíritu de todos que en ninguna parte podía tener mejor sepultura que en la basílica que por amor de Dios y Nuestro Señor Jesucristo y en honor de su santa madre, eternamente virgen, había construido en aquel sitio a sus expensas. Fue sepultado en ella el mismo día en que murió, y sobre el túmulo se colocó una arcada dorada con su retrato y una inscripción. Dicha inscripción lleva el siguiente texto:

BAJO ESTA LOSA ESTÁ COLOCADO EL CUERPO DE CARLOS, GRANDE Y ORTODOXO EMPERADOR, QUE AMPLIÓ NOBLEMENTE EL REINO DE LOS FRANCOS Y GOBERNÓ FELIZMENTE DURANTE XLVII AÑOS.
FALLECIÓ SEPTUAGENARIO EN EL AÑO DEL SEÑOR DCCCXIIII,
INDICCIÓN VII, EL V DE LAS CALENDAS DE FEBRERO.

[32] Numerosos presagios de su próximo fin habían tenido lugar, de modo que no sólo los otros, sino incluso él mismo, comprendían el contenido de su mensaje.

[10] O sea, el 28 de enero, a las nueve de la mañana. (N. del E.)

Durante tres años sucesivos, próximos al final de su vida, se vieron frecuentes eclipses de sol y de luna, y se percibió una mancha de color negro en el sol por un período de siete días. Un pórtico, que Carlos había hecho construir entre la basílica y el palacio, de pesada arquitectura, quedó reducido a escombros súbitamente el día de la Ascensión del Señor. Del mismo modo el puente sobre el Rin, a su paso por Maguncia, que él mismo había hecho levantar durante diez años con enorme esfuerzo, de tan admirable construcción de leño que parecía poder durar eternamente, ardió en tres horas por un incendio casual a tal punto que de él no quedó ni una astilla, salvo lo que cubriera el agua.

El rey en persona, mientras dirigía la última expedición contra Godofrido, rey de los daneses, en Sajonia, un día, saliendo del campamento antes de la salida del sol para ponerse en marcha, vio de repente que una antorcha de luz resplandeciente caía del cielo a través del aire sereno, de derecha a izquierda; y en tanto todos se preguntaban qué significaría aquel portento, súbitamente el caballo que montaba cayó hacia adelante y dio con él en tierra tan pesadamente que resultó roto el broche del sayo y arrancada la vaina de la espada. Los servidores que asistían al hecho y se apresuraron a levantarle le encontraron desarmado y sin manto; también la jabalina, que casualmente llevaba en la mano, se le escapó con tal fuerza que se la encontró a una distancia de veinte o más pies.

Se añadió a esto un frecuente temblor del palacio de Aquisgrán y un sostenido crujir de los techos en las habitaciones donde residía. También resultó fulminada la basílica en donde luego fue sepultado, y la manzana de oro que remataba el techo fue arrancada por el rayo y arrojada sobre la residencia del obispo, contigua a la basílica. En esta misma había, en el borde de la parte de pared comprendida entre las arcadas inferiores y superiores, una inscripción en letras rojas que explicaba quién era el fundador de la iglesia, en cuyo último verso se leía: KAROLUS PRINCEPS («el príncipe Carlos»): varios advirtieron que, en el mismo año de su muerte, pocos meses antes, las letras que componían la palabra PRINCEPS se encontraban tan borradas que casi no se las podía descifrar. Pero el rey no tomó en cuenta o despreció todo lo dicho, como si ninguna de estas cosas tuvieran relación con él de modo alguno.

[33] Decidió hacer un testamento, según el cual sus hijas y los hijos de sus concubinas participaran de su herencia; pero, comenzado muy tarde, no pudo concluirlo. Con todo, realizó, en presencia de sus amigos y servidores, la división de sus tesoros, dinero, vestidos y el resto de su mobiliario tres años antes de morir, conjurándolos para que, tras su fallecimiento, la distribución que había hecho fuera sancionada por medio del voto de todos ellos; e hizo consignar en un inventario lo que quería que se hiciese con lo que había repartido. El texto y las disposiciones del mismo son como sigue:

«En el nombre del Señor Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: sigue la división y el reparto que el gloriosísimo y piadosísimo señor Carlos, emperador augusto, en el año 811 de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en el año 43 de su reinado en Francia y en el 36 de su reinado en Italia, como asimismo en el 11 de su imperio, en la 4.ª indicción, con piadosa y sabia resolución ordenó hacer y que, con la gracia de Dios, llevó a cabo, de sus tesoros y el dinero que en aquel día se encontró en su habitación.

»Con él quiso especialmente velar por que no sólo se hiciera también en su nombre una distribución metódica y razonable de su dinero en forma de limosnas, como hacen tradicionalmente los cristianos con sus posesiones, sino que sus herederos, sin ningún tipo de ambigüedad, pudiesen saber con certeza qué les debía tocar y sin disputa ni protesta se repartieran de modo equitativo lo suyo.

»Así pues, con esta intención y propósito, repartió primero en tres partes todo su dinero y los bienes muebles que en ese día, como queda dicho, en forma de oro y plata y piedras preciosas y

ornamento real, se pudo encontrar en aquella habitación suya; en segundo lugar, subdividiendo esas partes, se reservó una tercera íntegra y de las otras dos hizo veintiuna. Dicha división de dos partes en veintiuna tuvo por razón que, como en su reino se sabe que existen veintiuna ciudades metropolitanas, quiso que cada una de aquellas partes llegue a cada ciudad por manos de sus herederos y amigos en calidad de limosna, y que el arzobispo que en ese momento sea rector de cada iglesia metropolitana, tomando la parte que haya sido dada a su iglesia, la reparta a su vez con sus sufragáneos del siguiente modo: la tercera parte será de su iglesia, mientras las otras dos se dividirán entre sus obispos sufragáneos.

»Cada una de estas divisiones que se hicieron de las dos primeras partes según las ciudades metropolitanas fue separada de las restantes y sellada y depositada en su cofre con la indicación sobre cada una del nombre de la ciudad a la que se deberá entregar. Los nombres de las metrópolis a las que se deberán hacer estas limosnas o dádivas son los siguientes: Roma, Ravena, Milán, Cividale (Friul), Orad, Colonia, Maguncia, Juvavum (también conocida como Salzburgo), Tréveris, Sens, Besanzón, Lyon, Rúan, Reims, Arles, Vienne, Tarantaise, Embrun, Burdeos, Tours y Bourges.

»La razón de la tercera parte que quiso reservarse íntegra es que, mientras aquellas distribuidas en la forma de reparto arriba mencionadas quedan guardadas bajo sello, esta tercera se deberá utilizar en sus necesidades cotidianas, y comprenderá todo aquello de que no haya constancia que esté alienado del dominio del poseedor por ninguna obligación de voto; y esto será así en tanto que esté con vida o juzgue que tiene necesidad de ello. Pero después de su muerte o su renuncia voluntaria a las cosas de este mundo dicha parte se deberá subdividir en cuatro: una de ellas se añadirá a las veintiuna partes arriba mencionadas; otra se dividirá, de modo justo y razonable, entre sus hijos e hijas y entre los hijos e hijas de sus hijos; la tercera, según la costumbre cristiana, se gastará en socorrer a los pobres; la cuarta, de manera similar, será distribuida para la manutención y remedio de las necesidades de los siervos y siervas que se encargan del servicio de palacio.

»En cuanto a la capilla, o sea al ministerio eclesiástico, ordenó que tanto lo que él mismo ha obtenido y acumulado como lo que heredara de su padre, permaneciera intacto y no se repartiera de ningún modo. Pero si se encontraran vasos o libros u otros adornos que claramente constaran no haber sido donados por él a dicha capilla, quien desee tenerlos podrá comprarlos por un justo precio, mientras las recaudaciones serán distribuidas a los pobres.

»Queda constancia de que se encuentran, entre los otros tesoros y riquezas, tres mesas de plata y una de oro de considerable magnitud y peso. Sobre ellas resolvió y decidió que una, de forma cuadrangular, que contiene el plano de la ciudad de Constantinopla, sea entregada, junto con las otras ofrendas que han sido previstas para ello, a la basílica del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma; la segunda, de forma redonda, sobre la que está representada la ciudad de Roma, se obsequiará al obispado de Ravena; la tercera, que sobrepasa en mucho a las otras por trabajo, belleza y peso, que abarca, en tres orbes concéntricos, un mapa del mundo entero dibujado en rasgos sutiles y menudos, y la de oro, señalada como cuarta, quedarán, por su decisión, en la tercera de las partes que se dividirá entre sus herederos y las limosnas.

»Tomó estas disposiciones y resoluciones en presencia de obispos, abades y condes que entonces pudieron asistir y cuyos nombres se detallan a continuación.

»Obispos: Hildebaldo, Ricolfo, Arn, Wolfario, Bernoino, Laidrado, Juan, Teodolfo, Jesse, Heito, Waltgaudo.

«Abades: Fridugiso, Adalungo, Engelberto, Irmino.

»Condes: Walah, Meginher, Odulfo, Esteban, Unroc, Burchardo, Meginardo, Hatón, Ricuino, Edón, Ercangario, Geroldo, Bero, Hildigerno, Roculfo.»

Su hijo Luis, que le sucedió por orden divina, después de inspeccionar ese mismo escrito, se

preocupó de cumplir, tras la muerte del rey y con suma devoción, todo lo expuesto a la mayor brevedad posible.

Apéndice: Prólogo de Walafrido Strabo

Lo que sigue, referente a la vida y obras de gloriosísimo emperador Carlomagno, tiene por autor a Eginardo, varón palatino digno de elogio entre todos los de esta época no sólo por su ciencia sino también por la absoluta honestidad de sus costumbres, quien, como aquel que ha tomado parte en casi todo lo que narra, lo describe, corroborándolo con su testimonio, de la manera más pura y verdadera.

Nacido, en efecto, en la Francia oriental, en el condado que lleva por nombre Moingeuvi,[11] recibió, muy niño, los primeros rudimentos de nutrición espiritual en el monasterio de Fulda, bajo la guía pedagógica de San Bonifacio mártir;[12] luego, por su singular capacidad e inteligencia, que ya entonces prometía en él ese enorme ejemplo de sabiduría que posteriormente demostró brillantemente, antes que por su nobleza, notable con todo, Baugolfo, abad del monasterio antes mencionado,[13] fue enviado al palacio de Carlos: pues éste, entre todos los reyes, era el más ávido en la búsqueda diligente de sabios y en ofrecerles los medios para que pudiesen filosofar en paz y comodidad, y en razón de esto consiguió volver la extensión nebulosa y, por así decirlo, casi ciega, del reino que Dios le confiara, en un país luminoso por la nueva irradiación de toda la ciencia, en parte desconocida antes para este mundo bárbaro, y de visión penetrada por la claridad de Dios. Pero ahora, con la rápida declinación de los estudios, la luz de la sabiduría, tan poco estimada, se debilita y pierde brillo.

Así pues, el mencionado hombrecillo —pues parecía despreciable por su estatura— consiguió en la corte de aquel Carlos amante de la ciencia, en razón de su prudencia y probidad, tal renombre que entre todos los servidores de la majestad real no había casi ninguno a quien el rey más poderoso y sabio de los de entonces confiara más los secretos de su intimidad. Y en verdad no se trataba de un honor inmerecido, ya que no sólo en los tiempos del mismo Carlos, sino también —lo que es más asombroso— bajo el emperador Luis, cuando el Estado de los francos fluctuaba en medio de diversas y muchas perturbaciones y en muchos casos se mostraba decadente, con una admirable facultad de equilibrio inspirada por Dios, logró protegerse, gracias a la ayuda divina, de suerte que pudo conservar intacta, sin faltar a ella, su propia reputación, que a muchos les había acarreado envidia y desgracia, y salir indemne de peligros que parecían irremediables.

Decimos todo esto para que nadie se atreva a poner en duda sus palabras por no saber la excepcional alabanza que debía a su amado protector y su preocupación por exponer a la curiosidad del lector la verdad más límpida. Por mi parte, yo, Estrabón, he puesto a este opúsculo títulos y divisiones, según me pareció coherente, para que quien desee consultar aspectos particulares pueda hacerlo con mayor facilidad.[14]

---

[11] Corresponde, aproximadamente, al valle inferior del Main. (N. del E.)

[12] Con más propiedad, la escuela fundada por San Bonifacio. (N. del E.)

[13] Baugolfo fue abad de Fulda de 779 a 802. (N. del E.)

[14] Después de este prólogo, que creemos útil para ilustrar al lector sobre el concepto que merecía Eginardo a su inmediata posteridad y sobre su propia personalidad, Estrabón reproducía el texto separándolo, por primera vez, en capítulos titulados. Hemos juzgado preferible volver a la presentación continua del autor. (N. del T.)

Texto original en latín

EINHARD

VITA KAROLI MAGNI

Prologus

Karolus gratia dei rex Francorum et Langobardorum ac patricius Romanorum Baugulfo abbati nec non et omni congregationi, fidelibus oratoribus nostris, in omnipotentis dei nomine amabilem direximus salutem.

Vitam et conversationem et ex parte non modica res gestas domini et nutritoris mei Karoli, excellentissimi et merito famosissimi regis, postquam scribere animus tulit, quanta potui brevitate conplexus sum, operam inpendens, ut de his quae ad meam notitiam pervenire potuerunt nihil omitterem neque prolixitate narrandi nova quaeque fastidientium animos offenderem; si tamen hoc ullo mode vitari potest, ut nova scriptione non offendantur qui vetera et a viris doctissimis atque disertissimis confecta monumenta fastidiunt. Et quamquam plures esse non ambigam, qui otio ac litteris dediti statum aevi praesentis non arbitrentur ita neglegendum, ut omnia penitus quae nunc fiunt velut nulla memoria digna silentio atque oblivioni tradantur, potiusque velint amore diuturnitatis inlecti aliorum praeclara facta qualibuscumque scriptis inserere quam sui nominis famam posteritatis memoriae nihil scribendo subtrahere, tamen ab huiuscemodi scriptione non existimavi temperandum, quando mihi conscius eram nullum ea veracius quam me scribere posse, quibus ipse interfui, quaeque praesens oculata, ut dicunt, fide cognovi et, utrum ab alio scriberentur necne, liquido scire non potui. Satiusque iudicavi eadem cum aliis velut communiter litteris mandata memoriae posterorum tradere quam regis excellentissimi et omnium sua aetate maximi clarissimam vitam et egregios atque moderni temporis hominibus vix imitabiles actus pati oblivionis tenebris aboleri. Suberat et alia non inrationabilis, ut opinor, causa, quae vel sola sufficere posset, ut me ad haec scribenda conpelleret, nutrimentum videlicet in me inpensum et perpetua, postquam in aula eius conversari coepi, cum ipso ac liberis eius amicitia; qua me ita sibi devinxit debitoremque tam vivo quam mortuo constituit, ut merito ingratus videri et iudicari possem, si tot beneficiorum in me conlatorum inmemor clarissima et inlustrissima hominis optime de me meriti gesta silentio praeterirem patererque vitam eius, quasi qui numquam vixerit, sine litteris ac debita laude manere; cui scribendae atque explicandae non meum ingeniolum, quod exile et parvum, immo poene nullum est, sed Tullianam par erat desudare facundiam. En tibi librum praeclarissimi et maximi viri memoriam continentem; in quo praeter illius facta non est quod admireris, nisi forte, quod homo barbarus et in Romana locutione perparum exercitatus aliquid me decenter aut commode Latine scribere posse putaverim atque in tantam inpudentiam proruperim, ut illud Ciceronis putarem contemnendum, quod in primo Tusculanarum libro, cum de Latinis scriptoribus loqueretur, ita dixisse legitur: "mandare quemquam", inquit, "litteris cogitationes suas, qui eas nec disponere nec inlustrare possit nec delectatione aliqua adlicere lectorem, hominis est intemperanter abutentis et otio et litteris." Poterat quidem haec oratoris egregii sententia me a scribendo deterrere, nisi animo praemeditatum haberem hominum iudicia potius experiri et haec scribendo ingenioli mei periculum facere quam tanti viri memoriam mihi parcendo praeterire.

[1] Gens Meroingorum, de qua Franci reges sibi creare soliti erant, usque in Hildricum regem, qui iussu Stephani Romani pontificis depositus ac detonsus atque in monasterium trusus est, durasse putatur. Quae licet in illo finita possit videri, tamen iam dudum nullius vigoris erat, nec quicquam in se clarum praeter inane regls vocabulum praeferebat. Nam et opes et potentia regni penes palatii praefectos, qui maiores domus dicebantur, et ad quos summa imperii pertinebat, tenebantur. Neque regi aliud relinquebatur, quam ut regio tantum nomine contentus crine profuso, barba summissa,

solio resideret ac speciem dominantis effingeret, legatos undecumque venientes audiret eisque abeuntibus responsa, quae erat edoctus vel etiam iussus, ex sua velut potestate redderet; cum praeter inutile regis nomen et precarium vitae stipendium, quod ei praefectus aulae prout videbatur exhibebat, nihil aliud proprii possideret quam unam et eam praeparvi reditus villam, in qua domum et ex qua famulos sibi necessaria ministrantes atque obsequium exhibentes paucae numerositatis habebat. Quocumque eundum erat, carpento ibat, quod bubus iunctis et bubulco rustico more agente trahebatur. Sic ad palatium, sic ad publicum populi sui conventum, qui annuatim ob regni utilitatem celebrabatur, ire, sic domum redire solebat. At regni administrationem et omnia quae vel domi vel foris agenda ac disponenda erant praefectus aulae procurabat.

[2] Quo officio tum, cum Hildricus deponebatur, Pippinus pater Karoli regis iam velut hereditario fungebatur. Nam pater eius Karolus, qui tyrannos per totam Franciam dominatum sibi vindicantes oppressit et Sarracenos Galliam occupare temptantes duobus magnis proeliis, uno in Aquitania apud Pictavium civitatem, altero iuxta Narbonam apud Birram fluvium, ita devicit, ut in Hispaniam eos redire conpelleret, eundem magistratum a patre Pippino sibi dimissum egregie administravit. Qui honor non aliis a populo dari consueverat quam his qui et claritate generis et opum amplitudine ceteris eminebant. Hunc cum Pippinus pater Karoli regis ab avo et patre sibi et fratri Karlomanno relictum, summa cum eo concordia divisum, aliquot annis velut sub rege memorato tenuisset, frater eius Karlomannus - incertum quibus de causis, tamen videtur, quod amore conversationis contemplativae succensus -, operosa temporalis regni administratione relicta, Romam se in otium contulit, ibique habitu permutato monachus factus in monte Soracte apud ecclesiam beati Silvestri constructo monasterio cum fratribus secum ad hoc venientibus per aliquot annos optata quiete perfruitur. Sed cum ex Francia multi nobilium ob vota solvenda Romam sollemniter commearent et eum velut dominum quondam suum praeterire nollent, otium, quo maxime delectabatur, crebra salutatione interrumpentes locum mutare conpellunt. Nam huiuscemodi frequentiam cum suo proposito officere vidisset, relicto monte in Samnium provinciam ad monasterium sancti.Benedicti situm in castro Casino secessit et ibi quod reliquum erat temporalis vitae religiose conversando conplevit.

[3] Pippinus autem per auctoritatem Romani pontificis ex praefecto palatii rex constitutus, cum per annos XV aut eo amplius Francis solus imperaret, finito Aquitanico bello, quod contra Waifarium ducem Aquitaniae ab eo susceptum per continuos novem annos gerebatur, apud Parisios morbo aquae intercutis diem obiit, superstitibus liberis Karlo et Karlomanno, ad quos successio regni divino nutu pervenerat. Franci siquidem facto sollemniter generali conventu ambos sibi reges constituunt, ea conditione praemissa, ut totum regni corpus ex aequo partirentur, et Karolus eam partem, quam pater eorum Pippinus tenuerat, Karlomannus vero eam, cui patruus eorum Karlomannus praeerat, regendi gratia susciperet. Susceptae sunt utrimque conditiones, et pars regni divisi iuxta modum sibi propositum ab utroque recepta est. Mansitque ista, quamvis cum summa difficultate, concordia, multis ex parte Karlomanni societatem separare molientibus, adeo ut quidam eos etiam bello committere sint meditati. Sed in hoc plus suspecti quam periculi fuisse ipse rerum exitus adprobavit, cum defuncto Karlomanno uxor eius et filii cum quibusdam, qui ex optimatum eius numero primores erant, Italiam fuga petiit et nullis existentibus causis, spreto mariti fratre, sub Desiderii regis Langobardorum patrocinium se cum liberis suis contulit. Et Karlomannus quidem post administratum communiter biennio regnum morbo decessit; Karolus autem fratre defuncto consensu omnium Francorum rex constituitur.

[4] De cuius nativitate atque infantia vel etiam pueritia quia neque scriptis usquam aliquid declaratum est, neque quisquam modo superesse invenitur, qui horum se dicat habere notitiam,

scribere ineptum iudicans ad actus et mores ceterasque vitae illius partes explicandas ac demonstrandas, omissis incognitis, transire disposui; ita tamen, ut, primo res gestas et domi et foris, deinde mores et studia eius, tum de regni administratione et fine narrando, nihil de his quae cognitu vel digna vel necessaria sunt praetermittam.

[5] Omnium bellorum, quae gessit, primo Aquitanicum, a patre inchoatum, sed nondum finitum, quia cito peragi posse videbatur, fratre adhuc vivo, etiam et auxilium ferre rogato, suscepit. Et licet eum frater promisso frustrasset auxilio, susceptam expeditionem strenuissime exsecutus non prius incepto desistere aut semel suscepto labori cedere voluit, quam hoc, quod efficere moliebatur, perseverantia quadam ac iugitate perfecto fine concluderet. Nam et Hunoldum, qui post Waifarii mortem Aquitaniam occupare bellumque iam poene peractum reparare temptaverat, Aquitaniam relinquere et Wasconiam petere coegit. Quem tamen ibi consistere non sustinens, transmisso amne Garonna et aedificato castro Frontiaco, Lupo Wasconum duci per legatos mandat, ut perfugam reddat; quod ni festinato faciat, bello se eum expostulaturum. Sed Lupus saniori usus consilio non solum Hunoldum reddidit, sed etiam se ipsum cum provincia cui praeerat eius potestati permisit.

[6] Conpositis in Aquitania rebus eoque bello finito, regni quoque socio iam rebus humanis exempto, rogatu et precibus Hadriani Romanae urbis episcopi exoratus bellum contra Langobardos suscepit. Quod prius quidem et a patre eius, Stephano papa supplicante, cum magna difficultate susceptum est; quia quidam e primoribus Francorum, cum quibus consultare solebat, adeo voluntati eius renisi sunt, ut se regem deserturos domumque redituros libera voce proclamarent. Susceptum tamen est tunc contra Haistulfum regem et celerrime conpletum. Sed licet sibi et patri belli suscipiendi similis ac potius eadem causa subesse videretur, haud simili tamen et labore certatum et fine constat esse conpletum. Pippinus siquidem Haistulfum regem paucorum dierum obsidione apud Ticenum conpulit et obsides dare et erepta Romanis oppida atque castella restituere atque, ut reddita non repeterentur, sacramento fidem facere; Karolus vero post inchoatum a se bellum non prius destitit, quam et Desiderium regem, quem longa obsidione fatigaverat, in deditionem susciperet, filium eius Adalgisum, in quem spes omnium inclinatae videbantur, non solum regno, sed etiam Italia excedere conpelleret, omnia Romanis erepta restitueret, Hruodgausum Foroiuliani ducatus praefectum res novas molientem opprimeret totamque Italiam suae ditioni subiugaret subactaeque filium suum Pippinum regem inponeret. Italiam intranti quam difficilis Alpium transitus fuerit, quantoque Francorum labore invia montium iuga et eminentes in caelum scopuli atque asperae cautes superatae sint, hoc loco describerem, nisi vitae illius modum potius quam bellorum, quae gessit, eventus memoriae mandare praesenti opere animo esset propositum. Finis tamen huius belli fuit subacta Italia et rex Desiderius perpetuo exilio deportatus et filius eius Adalgisus Italia pulsus et res a Langobardorum regibus ereptae Hadriano Romanae ecclesiae rectori restitutae.

[7] Post cuius finem Saxonicum, quod quasi intermissum videbatur, repetitum est. Quo nullum neque prolixius neque atrocius Francorumque populo laboriosius susceptum est; quia Saxones, sicut omnes fere Germaniam incolentes nationes, et natura feroces et cultui daemonum dediti nostraeque religioni contrarii neque divina neque humana iura vel polluere vel transgredi inhonestum arbitrabantur. Suberant et causae, quae cotidie pacem conturbare poterant, termini videlicet nostri et illorum poene ubique in plano contigui, praeter pauca loca, in quibus vel silvae maiores vel montium iuga interiecta utrorumque agros certo limite disterminant, in quibus caedes et rapinae et incendia vicissim fieri non cessabant. Quibus adeo Franci sunt irritati, ut non iam vicissitudinem reddere, sed apertum contra eos bellum suscipere dignum iudicarent. Susceptum est igitur adversus eos bellum, quod magna utrimque animositate, tamen maiore Saxonum quam Francorum damno, per continuos triginta tres annos gerebatur. Poterat siquidem citius finiri, si

Saxonum hoc perfidia pateretur. Difficile dictu est, quoties superati ac supplices regi se dediderunt, imperata facturos polliciti sunt, obsides qui imperabantur absque dilatione dederunt, legatos qui mittebantur susceperunt, aliquoties ita domiti et emolliti, ut etiam cultum daemonum dimittere et Christianae religioni se subdere velle promitterent; Sed sicut ad haec facienda aliquoties proni, sic ad eadem pervertenda semper fuere praecipites, non sit ut satis aestimare, ad utrum horum faciliores verius dici possint; quippe cum post inchoatum cum eis bellum vix ullus annus exactus sit, quo non ab eis huiuscemodi facta sit permutatio. Sed magnanimitas regis ac perpetua tam in adversis quam in prosperis mentis constantia nulla eorum mutabilitate vel vinci poterat vel ab his quae agere coeperat defatigari. Nam numquam eos huiuscemodi aliquid perpetrantes inpune ferre passus est, quin aut ipse per se ducto aut per comites suos misso exercitu perfidiam ulcisceretur et dignam ab eis poenam exigeret, usque dum, omnibus qui resistere solebant profligatis et in suam potestatem redactis, decem milia hominum ex his qui utrasque ripas Albis fluminis incolebant cum uxoribus et parvulis sublatos transtulit et huc atque illuc per Galliam et Germaniam multimoda divisione distribuit. Eaque conditione a rege proposita et ab illis suscepta tractum per tot annos bellum constat esse finitum, ut, abiecto daemonum cultu et relictis patriis caerimoniis, Christianae fidei atque religionis sacramenta susciperent et Francis adunati unus cum eis populus efficerentur.

[8] Hoc bello, licet per multum temporis spatium traheretur, ipse non amplius cum hoste quam bis acie conflixit, semel iuxta montem qui Osneggi dicitur in loco Theotmelli nominato et iterum apud Hasa fluvium, et hoc uno mense, paucis quoque interpositis diebus. His duobus proeliis hostes adeo profligati ac devicti sunt, ut ulterius regem neque provocare neque venienti resistere, nisi aliqua loci munitione defensi, auderent. Plures tamen eo bello tam ex nobilitate Francorum quam Saxonum et functi summis honoribus viri consumpti sunt. Tandemque anno tricesimo tertio finitum est, cum interim tot ac tanta in diversis terrarum partibus bella contra Francos et exorta sint et sollertia regis administrata, ut merito intuentibus in dubium venire possit, utrum in eo aut laborum patientiam aut felicitatem potius mirari conveniat. Nam biennio ante Italicum hoc bellum sumpsit exordium, et cum sine intermissione gereretur, nihil tamen ex his quae aliubi erant gerenda dimissum aut ulla in parte ab aeque operoso certamine cessatum est. Nam rex, omnium qui sua aetate gentibus dominabantur et prudentia maximus et animi magnitudine praestantissimus, nihil in his quae vel suscipienda erant vel exsequenda aut propter laborem detractavit aut propter periculum exhorruit, verum unumquodque secundumsuam qualitatem et subire et ferre doctus nec in adversis cedere nec in prosperis falso blandienti fortunae adsentiri solebat.

[9] Cum enim assiduo ac poene continuo cum Saxonibus bello certaretur, dispositis per congrua confiniorum loca praesidiis, Hispaniam quam maximo poterat belli apparatu adgreditur; saltuque Pyrinei superato, omnibus, quae adierat, oppidis atque castellis in deditionem acceptis, salvo et incolomi exercitu revertitur; praeter quod in ipso Pyrinei iugo Wasconicam perfidiam parumper in redeundo contigit experiri. Nam cum agmine longo, ut loci et angustiarum situs permittebat, porrectus iret exercitus, Wascones in summi montis vertice positis insidiis - est enim locus ex opacitate silvarum, quarum ibi maxima est copia, insidiis ponendis oportunus - extremam impedimentorum partem et eos qui novissimi agminis incedentes subsidio praecedentes tuebantur desuper incursantes in subiectam vallem deiciunt, consertoque cum eis proelio usque ad unum omnes interficiunt, ac direptis impedimentis, noctis beneficio, quae iam instabat, protecti summa cum celeritate in diversa disperguntur. Adiuvabat in hoc facto Wascones et levitas armorum et loci, in quo res gerebatur, situs, econtra Francos et armorum gravitas et loci iniquitas per omnia Wasconibus reddidit impares. In quo proelio Eggihardus regiae mensae praepositus, Anshelmus comes palatii et Hruodlandus Brittannici limitis praefectus cum aliis conpluribus interficiuntur. Neque hoc factum ad praesens vindicari poterat, quia hostis re perpetrata ita dispersus est, ut ne fama quidem remaneret, ubinam gentium quaeri potuisset.

[10] Domuit et Brittones, qui ad occidentem in extrema quadam parte Galliae super litus oceani residentes dicto audientes non erant, missa in eos expeditione, qua et obsides dare et quae imperarentur se facturos polliceri coacti sunt. Ipse postea cum exercitu Italiam ingressus ac per Romam iter agens Capuam Campaniae urbem accessit atque ibi positis castris bellum Beneventanis, ni dederentur, comminatus est. Praevenit hoc dux gentis Aragisus: filios suos Rumoldum et Grimoldum cum magna pecunia obviam regi mittens rogat, ut filios obsides suscipiat, seque cum gente imperata facturum pollicetur, praeter hoc solum, si ipse ad conspectum venire cogeretur. Rex, utilitate gentis magis quam animi eius obstinatione considerata, et oblatos sibi obsides suscepit eique, ut ad conspectum venire non cogeretur, pro magno munere concessit; unoque ex filiis, qui minor erat, obsidatus gratia retento, maiorem patri remisit; legatisque ob sacramenta fidelitatis a Beneventanis exigenda atque suscipienda cum Aragiso dimissis Romam redit, consumptisque ibi in sanctorum veneratione locorum aliquot diebus in Galliam revertitur.

[11] Baioaricum deinde bellum et repente ortum et celeri fine conpletum est. Quod superbia simul ac socordia Tassilonis ducis excitavit; qui hortatu uxoris, quae filia Desiderii regis erat ac patris exilium per maritum ulcisci posse putabat, iuncto foedere cum Hunis, qui Baioariis sunt ab oriente contermini, non solum imperata non facere, sed bello regem provocare temptabat. Cuius contumaciam, quia nimia videbatur, animositas regis ferre nequiverat, ac proinde copiis undique contractis Baioariam petiturus ipse ad Lechum amnem cum magno venit exercitu. Is fluvius Baioarios ab Alamannis dividit. Cuius in ripa castris conlocatis, priusquam provinciam intraret, animum ducis per legatos statuit experiri. Sed nec ille pertinaciter agere vel sibi vel genti utile ratus supplex se regi permisit, obsides qui imperabantur dedit, inter quos et filium suum Theodonem, data insuper fide cum iuramento, quod ab illius potestate ad defectionem nemini suadenti adsentire deberet. Sicque bello, quod quasi maximum futurum videbatur, celerrimus est finis inpositus. Tassilo tamen postmodum ad regem evocatus neque redire permissus, neque provincia, quam tenebat, ulterius duci, sed comitibus ad regendum commissa est.

[12] His motibus ita conpositis, Sclavis, qui nostra consuetudine Wilzi, proprie vero, id est sua locutione, Welatabi dicuntur, bellum inlatum est. In quo et Saxones velut auxiliares inter ceteras nationes, quae regis signa iussae sequebantur, quamquam ficta et minus devota oboedientia, militabant. Causa belli erat, quod Abodritos, qui cum Francis olim foederati erant, adsidua incursione lacessebant nec iussionibus coerceri poterant. Sinus quidam ab occidentali oceano orientem versus porrigitur, longitudinis quidem inconpertae, latitudinis vero quae nusquam centum milia passuum excedat, cum in multis locis contractior inveniatur. Hunc multae circumsedent nationes; Dani siquidem ac Sueones, ques Nordmannos vocamus, et septentrionale litus et omnes in eo insulas tenent. At litus australe Sclavi et Aisti et aliae diversae incolunt nationes; inter quos vel praecipui sunt, quibus tunc a rege bellum inferebatur, Welatabi. Quos ille una tantum et quam per se gesserat expeditione ita contudit ac domuit, ut ulterius imperata facere minime rennuendum iudicarent.

[13] Maximum omnium, quae ab illo gesta sunt, bellorum praeter Saxonicum huic bello successit, illud videlicet, quod contra Avares sive Hunos susceptum est. Quod ille et animosius quam cetera et longe maiori apparatu administravit. Unam tamen per se in Pannoniam - nam hanc provinciam ea gens tum incolebat - expeditionem fecit, cetera filio suo Pippino ac praefectis provinciarum, comitibus etiam atque legatis perficienda commisit. Quod cum ab his strenuissime fuisset administratum, octavo tandem anno conpletum est. Quot proelia in eo gesta, quantum

sanguinis effusum sit, testatur vacua omni habitatore Pannonia et locus, in quo regia Kagani erat, ita desertus, ut ne vestigium quidem in eo humanae habitationis appareat. Tota in hoc bello Hunorum nobilitas periit. tota gloria decidit. Omnis pecunia et congesti ex longo tempore thesauri direpti sunt. Neque ullum bellum contra Francos exortum humana potest memoria recordari, quo illi magis ditati et opibus aucti sint. Quippe cum usque in id temporis poene pauperes viderentur, tantum auri et argenti in regia repertum, tot spolia pretiosa in proeliis sublata, ut merito credi possit hoc Francos Hunis iuste eripuisse, quod Huni prius aliis gentibus iniuste eripuerunt. Duo tantum ex proceribus Francorum eo bello perierunt: Ericus dux Foroiulanus in Liburnia iuxta Tharsaticam maritimam civitatem insidiis oppidanorum interceptus, et Geroldus Baioariae praefectus in Pannonia, cum contra Hunos proeliaturus aciem strueret, incertum a quo, cum duobus tantum, qui eum obequitantem ac singulos hortantem comitabantur, interfectus est. Ceterum incruentum poene Francis hoc bellum fuit et prosperrimum exitum habuit, tametsi diutius sui magnitudine traheretur.

[14] Post quod et Saxonicum suae prolixitati convenientem finem accepit. Boemanicum quoque et Linonicum, quae postea exorta sunt, diu durare non potuerunt. Quorum utrumque ductu Karoli iunioris celeri fine conpletum est. Ultimum contra Nordmannos, qui Dani vocantur, primo pyraticam exercentes, deinde maiori classe litora Galliae atque Germaniae vastantes, bellum susceptum est. Quorum rex Godofridus adeo vana spe inflatus erat, ut sibi totius Germaniae promitteret potestatem. Frisiam quoque atque Saxoniam haud aliter atque suas provincias aestimabat. Iam Abodritos, vicinos suos, in suam ditionem redegerat, iam eos sibi vectigales fecerat. Iactabat etiam se brevi Aquasgrani, ubi regis comitatus erat, cum maximis copiis adventurum. Nec dictis eius, quamvis vanissimis, omnino fides abnuebatur, quin potius putaretur tale aliquid inchoaturus, nisi festinata fuisset morte praeventus. Nam a proprio satellite interfectus et suae vitae et belli a se inchoati finem acceleravit.

[15] Haec sunt bella, quae rex potentissimus per annos XLVII - tot enim annis regnaverat - in diversis terrarum partibus summa prudentia atque felicitate gessit. Quibus regnum Francorum, quod post patrem Pippinum magnum quidem et forte susceperat, ita nobiliter ampliavit, ut poene duplum illi adiecerit. Nam cum prius non amplius quam ea pars Galliae, quae inter Rhenum et Ligerem oceanumque ac mare Balearicum iacet, et pars Germaniae, quae inter Saxoniam et Danubium Rhenumque ac Salam fluvium, qui Thuringos et Sorabos dividit, posita a Francis qui Orientales dicuntur incolitur, et praeter haec Alamanni atque Baioarii ad regni Francorum potestatem pertinerent: ipse per bella memorata primo Aquitaniam et Wasconiam totumque Pyrinei montis iugum et usque ad Hiberum amnem, qui apud Navarros ortus et fertilissimos Hispaniae agros secans sub Dertosae civitatis moenia Balearico mari miscetur; deinde Italiam totam, quae ab Augusta Praetoria usque in Calabriam inferiorem, in qua Graecorum ac Beneventanorum constat esse confinia, decies centum et eo amplius passuum milibus longitudine porrigitur; tum Saxoniam, quae quidem Germaniae pars non modica est et eius quae a Francis incolitur duplum in late habere putatur, cum ei longitudine possit esse consimilis; post quam utramque Pannoniam et adpositam in altera Danubii ripa Daciam, Histriam quoque et Liburniam atque Dalmaciam, exceptis maritimis civitatibus, quas ob amicitiam et iunctum cum eo foedus Constantinopolitanum imperatorem habere permisit; deinde omnes barbaras ac feras nationes, quae inter Rhenum ac Visulam fluvios oceanumque ac Danubium positae, lingua quidem poene similes, moribus vero atque habitu valde dissimiles, Germaniam incolunt, ita perdomuit, ut eas tributarias efficeret; inter quas fere praecipuae sunt Welatabi, Sorabi, Abodriti, Boemani - cum his namque bello conflixit -; ceteras, quarum multo maior est numerus, in deditionem suscepit.

[16] Auxit etiam gloriam regni sui quibusdam regibus ac gentibus per amicitiam sibi

conciliatis. Adeo namque Hadefonsum Galleciae atque Asturicae regem sibi societate devinxit, ut is, cum ad eum vel litteras vel legatos mitteret, non aliter se apud illum quam proprium suum appellari iuberet. Scottorum quoque reges sic habuit ad suam voluntatem per munificentiam inclinatos, ut eum numquam aliter nisi dominum seque subditos et servos eius pronuntiarent. Extant epistolae ab eis ad illum missae, quibus huiusmodi affectus eorum erga illum indicatur. Cum Aaron rege Persarum, qui excepta India totum poene tenebat orientem, talem habuit in amicitia concordiam, ut is gratiam eius omnium, qui in toto orbe terrarum erant, regum ac principum amicitiae praeponeret solumque illum honore ac munificentia sibi colendum iudicaret. Ac proinde, cum legati eius, quos cum donariis ad sacratissimum Domini ac salvatoris nostri sepulchrum locumque resurrectionis miserat, ad eum venissent et ei domini sui voluntatem indicassent, non solum quae petebantur fieri permisit, sed etiam sacrum illum et salutarem locum, ut illius potestati adscriberetur, concessit; et revertentibus legatis suos adiungens inter vestes et aromata et ceteras orientalium terrarum opes ingentia illi dona direxit, cum ei ante paucos annos eum, quem tunc solum habebat, roganti mitteret elefantum. Imperatores etiam Constantinopolitani, Niciforus, Michahel et Leo, ultro amicitiam et societatem eius expetentes conplures ad eum misere legatos. Cum quibus tamen propter susceptum a se imperatoris nomen et ob hoc eis, quasi qui imperium eis eripere vellet, valde suspectum foedus firmissimum statuit, ut nulla inter partes cuiuslibet scandali remaneret occasio. Erat enim semper Romanis et Grecis Francorum suspecta potentia. Unde et illud Grecum extat proverbium: ton Phragkon philon echis, gitona ouk echis.

[17] Qui cum tantus in ampliando regno et subigendis exteris nationibus existeret et in eiusmodi occupationibus assidue versaretur, opera tamen plurima ad regni decorem et commoditatem pertinentia diversis in locis inchoavit, quaedam etiam consummavit. Inter quae praecipua fere non inmerito videri possunt basilica sanctae Dei genitricis Aquisgrani opere mirabili constructa et pons apud Mogontiacum in Rheno quingentorum passuum longitudinis - nam tanta est ibi fluminis latitudo; qui tamen uno, antequam decederet, anno incendio conflagravit, nec refici potuit propter festinatum illius decessum, quamquam in ea meditatione esset, ut pro ligneo lapideum restitueret. Inchoavit et palatia operis egregii, unum haud longe a Mogontiaco civitate, iuxta villam cui vocabulum est Ingilenheim, alterum Noviomagi super Vahalem fluvium, qui Batavorum insulam a parte meridiana praeterfluit. Praecipue tamen aedes sacras ubicumque in toto regno suo vetustate conlapsas conperit, pontificibus et patribus, ad quorum curam pertinebant, ut restaurarentur, imperavit, adhibens curam per legatos, ut imperata perficerent.

Molitus est et classem contra bellum Nordmannicum, aedificatis ad hoc navibus iuxta flumina, quae et de Gallia et de Germania septentrionalem influunt oceanum. Et quia Nordmanni Gallicum litus atque Germanicum assidua infestatione vastabant, per omnes portus et ostia fluminum, qua naves recipi posse videbantur, stationibus et excubiis dispositis, ne qua hostis exire potuisset, tali munitione prohibuit. Fecit idem a parte meridiana in litore provinciae Narbonensis ac Septimaniae, toto etiam Italiae litore usque Romam contra Mauros nuper pyraticam exercere adgressos; ac per hoc nullo gravi damno vel a Mauris Italia vel Gallia atque Germania a Nordmannis diebus suis adfecta est, praeter quod Centumcellae civitas Etruriae per proditionem a Mauris capta atque vastata est, et in Frisia quaedam insulae Germanico litori contiguae a Nordmannis depraedatae sunt.

[18] Talem eum in tuendo et ampliando simulque ornando regno fuisse constat. Cuius animi dotes et summam in qualicumque et prospero et adverso eventu constantiam ceteraque ad interiorem atque domesticam viram pertinentia iam abhinc dicere exordiar.

Post mortem patris cum fratre regnum partitus tanta patientia simultates et invidiam eius tulit, ut omnibus mirum videretur, quod ne ad iracundiam quidem ab eo provocari potuisset. Deinde cum matris hortatu filiam Desiderii regis Langobardorum duxisset uxorem, incertum qua de causa, post annum eam repudiavit et Hildigardam de gente Suaborum praecipuae nobilitatis feminam in matrimonium accepit; de qua tres filios, Karolum videlicet, Pippinum et Hludowicum, totidemque filias, Hruodtrudem et Berhtam et Gislam, genuit. Habuit et alias tres filias, Theoderadam et Hiltrudem et Hruodhaidem, duas de Fastrada uxore, quae de Orientalium Francorum, Germanorum videlicet, gente erat, tertiam de concubina quadam, cuius nomen modo memoriae non occurrit. Defuncta Fastrada Liutgardam Alamannam duxit, de qua nihil liberorum tulit. Post cuius mortem quattuor habuit concubinas, Madelgardam scilicet, quae peperit ei filiam nomine Ruothildem, Gersuindam Saxonici generis, de qua ei filia nomine Adaltrud nata est, et Reginam, quae ei Drogonem et Hugum genuit, et Adallindem, ex qua Theodericum procreavit.

Mater quoque eius Berhtrada in magno apud eum honore consenuit. Colebat enim eam cum summa reverentia, ita ut nulla umquam invicem sit exorta discordia, praeter in divortio filiae Desiderii regis, quam illa suadente acceperat. Decessit tandem post mortem Hildigardae, cum iam tres nepotes suos totidemque neptes in filii domo vidisset. Quam ille in eadem basilica, qua pater situs est, apud Sanctum Dionisium, magno cum honore fecit humari. Erat ei unica soror nomine Gisla, a puellaribus annis religiosae conversationi mancipata, quam similiter ut matrem magna coluit pietate. Quae etiam paucis ante obitum illius annis in eo, quo conversata est, monasterio decessit.

[19] Liberos suos ita censuit instituendos, ut tam filii quam filiae primo liberalibus studiis, quibus et ipse operam dabat, erudirentur. Tum filios, cum primum aetas patiebatur, more Francorum equitare, armis ac venatibus exerceri fecit, filias vero lanificio adsuescere coloque ac fuso, ne per otium torperent, operam impendere atque ad omnem honestatem erudiri iussit. Ex his omnibus duos tantum filios et unam filiam, priusquam moreretur, amisit, Karolum, qui natu maior erat, et Pippinum, quem regem Italiae praefecerat, et Hruodtrudem, quae filiarum eius primogenita et a Constantino Grecorum imperatore desponsata erat. Quorum Pippinus unum filium suum Bernhardum, filias autem quinque, Adalhaidem, Atulam, Gundradam, Berhthaidem ac Theoderadam, superstites reliquit. In quibus rex pietatis suae praecipuum documentum ostendit, cum filio defuncto nepotem patri succedere et neptes inter filias suas educari fecisset. Mortes filiorum ac filiae pro magnanimitate, qua excellebat, minus patienter tulit, pietate videlicet, qua non minus insignis erat, conpulsus ad lacrimas. Nuntiato etiam sibi Hadriani Romani pontificis obitu, quem in amicis praecipuum habebat, sic flevit, acsi fratrem aut carissimum filium amisisset. Erat enim in amicitiis optime temperatus, ut eas et facile admitteret et constantissime retineret, colebatque sanctissime quoscumque hac adfinitate sibi coniunxerat.

Filiorum ac filiarum tantam in educando curam habuit, ut numquam domi positus sine ipsis caenaret, numquam iter sine illis faceret. Adequitabant ei filii, filiae vero poene sequebantur, quarum agmen extremum ex satellitum numero ad hoc ordinati tuebantur. Quae cum pulcherrimae essent et ab eo plurimum diligerentur, mirum dictu, quod nullam earum cuiquam aut suorum aut exterorum nuptum dare voluit, sed omnes secum usque ad obitum suum in domo sua retinuit, dicens se earum contubernio carere non posse. Ac propter hoc, licet alias felix, adversae fortunae malignitatem expertus est. Quod tamen ita dissimulavit, acsi de eis nulla umquam alicuius probri suspicio exorta vel fama dispersa fuisset.

[20] Erat ei filius nomine Pippinus ex concubina editus, cuius inter ceteros mentionem facere distuli, facie quidem pulcher, sed gibbo deformis. Is, cum pater bello contra Hunos suscepto in Baioaria hiemaret, aegritudine simulata, cum quibusdam e primoribus Francorum, qui eum vana

regni promissione inlexerant, adversus patrem coniuravit. Quem post fraudem detectam et damnationem coniuratorum detonsum in coenobio Prumia religiosae vitae iamque volentem vacare permisit. Facta est et alia prius contra eum in Germania valida coniuratio. Cuius auctores partim luminibus orbati, partim membris incolomes, omnes tamen exilio deportati sunt; neque ullus ex eis est interfectus nisi tres tantum; qui cum se, ne conprehenderentur, strictis gladiis defenderent, aliquos etiam occidissent, quia aliter coerceri non poterant, interempti sunt. Harum tamen coniurationum Fastradae reginae crudelitas causa et origo extitisse creditur. Et idcirco in ambabus contra regem conspiratum est, quia uxoris crudelitati consentiens a suae naturae benignitate ac solita mansuetudine inmaniter exorbitasse videbatur. Ceterum per omne vitae suae tempus ita cum summo omnium amore atque favore et domi et foris conversatus est, ut numqunm ei vel minima iniustae crudelitatis nota a quoquam fuisset obiecta.

[21] Amabat peregrinos et in eis suscipiendis magnam habebat curam, adeo ut eorum multitudo non solum palatio, verum etiam regno non inmerito videretur onerosa. Ipse tamen prae magnitudine animi huiuscemodi pondere minime gravabatur, cum etiam ingentia incommoda laude liberalitatis ac bonae famae mercede conpensaret.

[22] Corpore fuit amplo atque robusto, statura eminenti, quae tamen iustam non excederet - nam septem suorum pedum proceritatem eius constat habuisse mensuram -, apice capitis rotundo, oculis praegrandibus ac vegetis, naso paululum mediocritatem excedenti, canitie pulchra, facie laeta et hilari. Unde formae auctoritas ac dignitas tam stanti quam sedenti plurima adquirebatur; quamquam cervix obesa et brevior venterque proiectior videretur, tamen haec ceterorum membrorum celabat aequalitas. Incessu firmo totaque corporis habitudine virili; voce clara quidem, sed quae minus corporis formae conveniret.

Valitudine prospera, praeter quod, antequam decederet, per quatuor annos crebro febribus corripiebatur, ad extremum etiam uno pede claudicaret. Et tunc quidem plura suo arbitratu quam medicorum consilio faciebat, quos poene exosos habebat, quod ei in cibis assa, quibus assuetus erat, dimittere et elixis adsuescere suadebant.

Exercebatur assidue equitando ac venando; quod illi gentilicium erat, quia vix ulla in terris natio invenitur, quae in hac arte Francis possit aequari.

Delectabatur etiam vaporibus aquarum naturaliter calentium, frequenti natatu corpus exercens; cuius adeo peritus fuit, ut nullus ei iuste valeat anteferri. Ob hoc etiam Aquisgrani regiam exstruxit ibique extremis vitae annis usque ad obitum perpetim habitavit. Et non solum filios ad balneum, verum optimates et amicos, aliquando etiam satellitum et custodum corporis turbam invitavit, ita ut nonnumquam centum vel eo amplius homines una lavarentur.

[23] Vestitu patrio, id est Francico, utebatur. Ad corpus camisam lineam, et feminalibus lineis induebatur, deinde tunicam, quae limbo serico ambiebatur, et tibialia; tum fasciolis crura et pedes calciamentis constringebat et ex pellibus lutrinis vel murinis thorace confecto umeros ac pectus hieme muniebat, sago veneto amictus et gladio semper accinctus, cuius capulus ac balteus aut aureus aut argenteus erat. Aliquoties et gemmato ense utebatur, quod tamen nonnisi in praecipuis festivitatibus vel si quando exterarum gentium legati venissent. Peregrina vero indumenta, quamvis pulcherrima, respuebat nec umquam eis indui patiebatur, excepto quod Romae semel Hadriano pontifice petente et iterum Leone successore eius supplicante longa tunica et clamide amictus, calceis quoque Romano more formatis induebatur. In festivitatibus veste auro texta et calciamentis gemmatis et fibula aurea sagum adstringente, diademate quoque ex auro et gemmis ornatus incedebat. Aliis autem diebus habitus eius parum a communi ac plebeio abhorrebat.

[24] In cibo et potu temperans, sed in potu temperantior, quippe qui ebrietatem in qualicumque homine, nedum in se ac suis, plurimum abhominabatur. Cibo enim non adeo abstinere puterat, ut saepe quereretur noxia corpori suo esse ieiunia. Convivabatur rarissime, et hoc praecipuis tantum festivitatibus, tunc tamen cum magno hominum numero. Caena cotidiana quaternis tantum ferculis praebebatur, praeter assam, quam venatores veribus inferre solebant, qua ille libentius quam ullo alio cibo vescebatur. Inter caenandum aut aliquod acroama aut lectorem audiebat. Legebantur ei historiae et antiquorum res gestae. Delectabatur et libris sancti Augustini, praecipueque his qui de civitate Dei praetitulati sunt. Vini et omnis potus adeo parcus in bibendo erat, ut super caenam raro plus quam ter biberet. Aestate post cibum meridianum pomorum aliquid sumens ac semel bibens, depositis vestibus et calciamentis, velut noctu solitus erat, duabus aut tribus horis quiescebat.

Noctibus sic dormiebat, ut somnum quater aut quinquies non solum expergescendo, sed etiam desurgendo interrumperet. Cum calciaretur et amiciretur, non tantum amicos admittebat, verum etiam, si comes palatii litem aliquam esse diceret, quae sine eius iussu definiri non posset, statim litigantes introducere iussit et, velut pro tribunali sederet, lite cognita sententiam dixit; nec hoc tantum eo tempore, sed etiam quicquid ea die cuiuslibet officii agendum aut cuiquam ministrorum iniungendum erat expediebat.

[25] Erat eloquentia copiosus et exuberans poteratque quicquid vellet apertissime exprimere. Nec patrio tantum sermone contentus, etiam peregrinis linguis ediscendis operam impendit. In quibus Latinam ita didicit, ut aeque illa ac patria lingua orare sit solitus, Grecam vero melius intellegere quam pronuntiare poterat. Adeo quidem facundus erat, ut etiam dicaculus appareret.

Artes liberales studiosissime coluit, earumque doctores plurimum veneratus magnis adficiebat honoribus. In discenda grammatica Petrum Pisanum diaconem senem audivit, in ceteris disciplinis Albinum cognomento Alcoinum, item diaconem, de Brittania Saxonici generis hominem, virum undecumque doctissimum, praeceptorem habuit, apud quem et rethoricae et dialecticae, praecipue tamen astronomiae ediscendae plurimum et temporis et laboris inpertivit. Discebat artem conputandi et intentione sagaci siderum cursum curiosissime rimabatur.

Temptabat et scribere tabulasque et codicellos ad hoc in lecto sub cervicalibus circumferre solebat, ut, cum vacuum tempus esset, manum litteris effigiendis adsuesceret, sed parum successit labor praeposterus ac sero inchoatus.

[26] Religionem Christianam, qua ab infantia fuerat inbutus, sanctissime et cum summa pietate coluit, ac propter hoc plurimae pulchritudinis basilicam Aquisgrani exstruxit auroque et argento et luminaribus atque ex aere solido cancellis et ianuis adornavit. Ad cuius structuram cum columnas et marmora aliunde habere non posset. Roma atque Ravenna devehenda curavit. Ecclesiam et mane et vespere, item nocturnis horis et sacrificii tempore, quoad eum valitudo permiserat, inpigre frequentabat, curabatque magnopere, ut omnia quae in ea gerebantur cum qua maxima fierent honestate, aedituos creberrime commonens, ne quid indecens aut sordidum aut inferri aut in ea remanere permitterent. Sacrorum vasorum ex auro et argento vestimentorumque sacerdotalium tantam in ea copiam procuravit, ut in sacrificiis celebrandis ne ianitoribus quidem, qui ultimi ecclesiastici ordinis sunt, privato habitu ministrare necesse fuisset. Legendi atque psallendi disciplinam diligentissime emendavit. Erat enim utriusque admodum eruditus, quamquam ipse nec publice legeret nec nisi submissim et in commune cantaret.

[27] Circa pauperes sustentandos et gratuitam liberalitatem, quam Greci eleimosinam vocant,

devotissimus, ut qui non in patria solum et in suo regno id facere curaverit, verum trans maria in Syriam et Aegyptum atque Africam, Hierosolimis, Alexandriae atque Cartagini, ubi Christianos in paupertate vivere conpererat, penuriae illorum conpatiens pecuniam mittere solebat; ob hoc maxime transmarinorum regum amicitias expetens, ut Christianis sub eorum dominatu degentibus refrigerium aliquod ac relevatio proveniret.

Colebat prae ceteris sacris et venerabilibus locis apud Romam ecclesiam beati Petri apostoli; in cuius donaria magna vis pecuniae tam in auro quam in argento necnon et gemmis ab illo congesta est. Multa et innumera pontificibus munera missa. Neque ille toto regni sui tempore quicquam duxit antiquius, quam ut urbs Roma sua opera suoque labore vetere polleret auctoritate, et ecclesia sancti Petri per illum non solum tuta ac defensa, sed etiam suis opibus prae omnibus ecclesiis esset ornata atque ditata. Quam cum tanti penderet, tamen intra XLVII annorum, quibus regnaverat, spatium quater tantum illo votorum solvendorum ac supplicandi causa profectus est.

[28] Ultimi adventus sui non solum hae fuere causae, verum etiam quod Romani Leonem pontificem multis affectum iniuriis, erutis scilicet oculis linguaque amputata, fidem regis implorare conpulerunt. Idcirco Romam veniens propter reparandum, qui nimis conturbatus erat, ecclesiae statum ibi totum hiemis tempus extraxit. Quo tempore imperatoris et augusti nomen accepit. Quod primo in tantum aversatus est, ut adfirmaret se eo die, quamvis praecipua festivitas esset, ecclesiam non intraturum, si pontificis consilium praescire potuisset. Invidiam tamen suscepti nominis, Romanis imperatoribus super hoc indignantibus, magna tulit patientia. Vicitque eorum contumaciam magnanimitate, qua eis procul dubio longe praestantior erat, mittendo ad eos crebras legationes et in epistolis fratres eos appellando.

[29] Post susceptum imperiale nomen, cum adverteret multa legibus populi sui deesse - nam Franci duas habent leges, in plurimis locis valde diversas - cogitavit quae deerant addere et discrepantia unire, prava quoque acperperam prolata corrigere, sed de his nihil aliud ab eo factum est, nisi quod pauca capitula, et ea inperfecta, legibus addidit. Omnium tamen nationum, quae sub eius dominatu erant, iura quae scripta non erant describere ac litteris mandari fecit. Item barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regum actus et bella canebantur, scripsit memoriaeque mandavit. Inchoavit et grammaticam patrii sermonis.

Mensibus etiam iuxta propriam linguam vocabula inposuit, cum ante id temporis apud Francos partim Latinis, partim barbaris nominibus pronuntiarentur. Item ventos duodecim propriis appellationibus insignivit, cum prius non amplius quam vix quattuor ventorum vocabula possent inveniri. Et de mensibus quidem Ianuarium uuintarmanoth, Februarium hornung, Martium lenzinmanoth, Aprilem ostarmanoth, Maium uuinnemanoth, Iunium brachmanoth, Iulium heuuimanoth, Augustum aranmanoth, Septembrem uuitumanoth, Octobrem uuindumemanoth, Novembrem herbistmanoth, Decembrem heilagmanoth appellavit.

Ventis vero hoc modo nomina inposuit, ut subsolanum vocaret ostroniuuint, eurum ostsundroni, euroaustrum sundostroni, austrum sundroni, austroafricum sunduuestroni, africum uuestsundroni, zefyrum uuestroni, chorum uuestnordroni, circium norduuestroni, septentrionem nordroni, aquilonem nordostroni, vulturnum ostnordroni.

[30] Extremo vitae tempore, cum iam et morbo et senectute premeretur, evocatum ad se Hludowicum filium, Aquitaniae regem, qui solus filiorum Hildigardae supererat, congregatis sollemniter de toto regno Francorum primoribus, cunctorum consilio consortem sibi totius regni et imperialis nominis heredem constituit, inpositoque capiti eius diademate imperatorem et augustum iussit appellari. Susceptum est hoc eius consilium ab omnibus qui aderant magno cum favore; nam

divinitus ei propter regni utilitatem videbatur inspiratum. Auxitque maiestatem eius hoc factum et exteris nationibus nun minimum terroris incussit. Dimisso deinde in Aquitaniam filio, ipse more solito, quamvis senectute confectus, non longe a regia Aquensi venatum proficiscitur, exactoque in huiuscemodi negotio quod reliquum erat autumni, circa Kalendas Novembris Aquasgrani revertitur.

Cumque ibi hiemaret, mense Ianuario febre valida correptus decubuit. Qui statim, ut in febribus solebat, cibi sibi abstinentiam indixit, arbitratus hac continentia morbum posse depelli vel certe mitigari. Sed accedente ad febrem lateris dolore, quem Greci pleuresin dicunt, illoque adhuc inediam retinente neque corpus aliter quam rarissimo potu sustentante, septimo, postquam decubuit, die, sacra communione percepta, decessit, anno aetatis suae septuagesimo secundo et ex quo regnare coeperat quadragesimo septimo, V. Kalendas Februarii, hora diei tertia.

[31] Corpus more sollemni lotum et curatum et maximo totius populi luctu ecclesiae inlatum atque humatum est. Dubitatum est primo, ubi reponi deberet, eo quod ipse vivus de hoc nihil praecepisset. Tandem omnium animis sedit nusquam eum honestius tumulari posse quam in ea basilica, quam ipse propter amorem Dei et domini nostri Iesu Christi et ob honorem sanctae et aeternae virginis, genetricis eius, proprio sumptu in eodem vico construxit. In hac sepultus est eadem die, qua defunctus est, arcusque supra tumulum deauratus cum imagine et titulo exstructus. Titulus ille hoc modo descriptus est:

SUB HOC CONDITORIO SITUM EST CORPUS KAROLI MAGNI ATQUE ORTHODOXI IMPERATORIS, QUI REGNUM FRANCORUM NOBILITER AMPLIAVIT ET PER ANNOS XLVII FELICITER REXIT. DECESSIT SEPTUAGENARIUS ANNO DOMINI DCCCXIIII, INDICTIONE VII, V. KAL. FEBR.

[32] Adpropinquantis finis conplura fuere prodigia, ut non solum alii, sed etiam ipse hoc minitari sentiret. Per tres continuos vitaeque termino proximos annos et solis et lunae creberrima defectio et in sole macula quaedam atri coloris septem dierum spatio visa. Porticus, quam inter basilicam et regiam operosa mole construxerat, die ascensionis Domini subita ruina usque ad fundamenta conlapsa. Item pons Rheni apud Mogontiacum, quem ipse per decem annos ingenti labore et opere mirabili de ligno ita construxit, ut perenniter durare posse videretur, ita tribus horis fortuitu incendio conflagravit, ut, praeter quod aqua tegebatur, ne una quidem astula ex eo remaneret. Ipse quoque, cum ultimam in Saxoniam expeditionem contra Godofridum regem Danorum ageret, quadam die, cum ante exortum solis castris egressus iter agere coepisset, vidit repente delapsam caelitus cum ingenti lumine facem a dextra in sinistram per serenum aera transcurrere. Cunctisque hoc signum, quid portenderet, ammirantibus, subito equus, quem sedebat, capite deorsum merso decidit eumque tam graviter ad terram elisit, ut, fibula sagi rupta balteoque gladii dissipato, a festinantibus qui aderant ministris exarmatus et sine amiculo levaretur. Iaculum etiam, quod tunc forte manu tenebat, ita elapsum est, ut viginti vel eo amplius pedum spatio longe iaceret. Accessit ad hoc creber Aquensis palatii tremor et in domibus, ubi conversabatur, assiduus laqueariorum crepitus. Tacta etiam de caelo, in qua postea sepultus est, basilica, malumque aureum, quo tecti culmen erat ornatum, ictu fulminis dissipatum et supra domum pontificis, quae basilicae contigua erat, proiectum est. Erat in eadem basilica in margine coronae, quae inter superiores et inferiores arcus interiorem aedis partem ambiebat, epigramma sinopide scriptum, continens, quis auctor esset eiusdem templi, cuius in extremo versu legebatur: KAROLUS PRINCEPS. Notatum est a quibusdam eodem, quo decessit, anno paucis ante mortem mensibus eas, quae PRINCEPS exprimebant, litteras ita esse deletas, ut penitus non apparerent. Sed superiora omnia sic aut dissimulavit aut sprevit, acsi nihil horum ad res suas quolibet modo pertineret.

[33] Testamenta facere instituit, quibus filias et ex concubinis liberos ex aliqua parte sibi heredes faceret, sed tarde inchoata perfici non poterant. Divisionem tamen thesaurorum et pecuniae ac vestium aliaeque suppellectilis coram amicis et ministris suis annis tribus, antequam decederet, fecit, contestatus eos, ut post obitum suum a se facta distributio per illorum suffragium rata permaneret. Quidque ex his quae diviserat fieri vellet, breviario conprehendit; cuius ratio ne textus talis est:

IN NOMINE DOMINI DEI OMNIPOTENTIS, PATRIS ET FILII ET SPIRITUS SANCTI.

Descriptio atque divisio, quae facta est a gloriosissimo atque piissimo domno Karolo imperatore augusto anno ab incarnatione domini nostri Iesu Christi DCCCXI, anno vero regni eius in Francia XLIII et in Italia XXXVI, imperii autem XI, indictione IIII, quam pia et prudenti consideratione facere decrevit et Domino annuente perfecit de thesauris suis atque pecunia, quae in illa die in camera eius inventa est. In qua illud praecipue praecavere voluit, ut non solum eleimosinarum largitio, quae sollemniter apud Christianos de possessionibus eorum agitur, pro se quoque de sua pecunia ordine atque ratione perficeretur, sed etiam ut heredes sui omni ambiguitate remota, quid ad se pertinere deberet, liquido cognoscere et sine lite atque contentione sua inter se conpetenti partitione dividere potuissent.

Hac igitur intentione atque proposito omnem substantiam atque suppellectilem suam, quae in auro et argento gemmisque et ornatu regio in illa, ut dictum est, die in camera eius poterat inveniri, primo quidem trina divisione partitus est. Deinde easdem partes subdividendo de duabus partibus XX et unam partem fecit, tertiam integram reservavit. Et duarum quidem partium in XX et unam partem facta divisio tali ratione consistit, ut, quia in regno illius metropolitanae civitates XX et una esse noscuntur, unaquaeque illarum partium ad unamquamque metropolim per manus heredum et amicorum suorum eleimosinae nomine perveniat, et archiepiscopus, qui tunc illius ecclesiae rector extiterit, partem quae ad suam ecclesiam data est suscipiens cum suis suffraganeis partiatur, eo scilicet modo, ut pars tertia suae sit ecclesiae, duae vero partes inter suffraganeos dividantur. Harum divisionum, quae ex duabus primis partibus factae sunt et iuxta metropoleorum civitatum numerum XX et una esse noscuntur, unaquaeque ab altera sequestrata semotim in suo repositorio cum superscriptione civitatis, ad quam perferenda est, recondita iacet. Nomina metropoleorum, ad quas eadem eleimosina sive largitio facienda est, haec sunt: Roma, Ravenna, Mediolanum, Forum Iulii, Gradus, Colonia, Mogontiacus, Iuvavum quae et Salzburc, Treveri, Senones, Vesontio, Lugdunum, Ratumagus, Remi, Arelas, Vienna, Darantasia, Ebrodunum, Burdigala, Turones, Bituriges.

Unius autem partis, quam integram reservari voluit, talis est ratio, ut, illis duabus in supradictas divisiones distributis et sub sigillo reconditis, haec tertia in usu cotidiano versaretur, velut res, quam nulla voti obligatione a dominio possidentis alienatam esse constaret, et hoc tamdiu, quoadusque vel ille mansisset in corpore vel usum eius sibi necessarium iudicaret. Post obitum vero suum aut voluntariam saecularium rerum carentiam eadem pars quattuor subdivisionibus secaretur, et una quidem earum supradictis XX et unae partibus adderetur, altera a filiis ac filiabus suis filiisque ac filiabus filiorum suorum adsumpta iusta et rationabili inter eos partitione divideretur, tertia vero consueto Christianis more in usum pauperum fuisset erogata, quarta simili modo nomine eleimosinae in servorum et ancillarum usibus palatii famulantium sustentationem distributa veniret. Ad hanc tertiam totius summae portionem, quae similiter ut ceterae ex auro et argento constat, adiungi voluit omnia ex aere et ferro aliisque metallis vasa atque utensilia cum armis et vestibus alioque aut pretioso aut vili ad varies usus facto suppellectili, ut sunt cortinae, stragula, tapetia, filtra, coria, sagmata, et quicquid in camera atque vestiario eius eo die fuisset inventum, ut ex hoc maiores illius partis divisiones fierent et erogatio eleimosinae ad plures pervenire potuisset.

Capellam, id est ecclesiasticum ministerium, tam id quod ipse fecit atque congregavit, quam quod ad eum ex paterna hereditate pervenit, ut integrum esset neque ulla divisione scinderetur, ordinavit. Si qua autem invenirentur aut vasa aut libri aut alia ornamenta, quae liquido constaret

eidem capellae ab eo conlata non fuisse, haec qui habere vellet dato iustae aestimationis pretio emeret et haberet. Similiter et de libris, quorum magnam in bibliotheca sua copiam congregavit, statuit, ut ab his qui eos habere vellent iusto pretio fuissent redempti, pretiumque in pauperibus erogatum.

Inter ceteros thesauros atque pecuniam tres mensas argenteas et auream unam praecipuae magnitudinis et ponderis esse constat. De quibus statuit atque decrevit, ut una ex his, quae forma quadrangula descriptionem urbis Constantinopolitanae continet, inter cetera donaria, quae ad hoc deputata sunt, Romam ad basilicam beati Petri apostoli deferatur, et altera, quae forma rotunda Romanae urbis effigie figurata est, episcopio Ravennatis ecclesiae conferatur. Tertiam, quae ceteris et operis pulchritudine et ponderis gravitate multum excellit, quae ex tribus orbibus conexa totius mundi descriptionem subtili ac minuta figuratione conplectitur, et auream illam, quae quarta esse dicta est, in tertiae illius et inter heredes suos atque in eleimosinam dividendae partis augmento esse constituit.

Hanc constitutionem atque ordinationem coram episcopis, abbatibus comitibusque, qui tunc praesentes esse potuerunt, quorumque hic nomina descripta sunt, fecit atque constituit. Episcopi: Hildibaldus, Richolfus, Arn, Wolfarius, Bernoinus, Laidradus, Iohannes, Theodulfus, Iesse, Heito, Waitgaudus.

Abbates: Fridugisus, Adalungus, Engilbertus, Irmino.

Comites: Walah, Meginherus, Otulfus, Stephanus, Unruocus, Burchardus, Meginhardus, Hatto, Rihwinus, Edo, Ercangarius, Geroldus, Bero, Hildigernus, Hroccolfus.

Haec omnia filius eius Hludowicus, qui ei divina iussione successit, inspecto eodem breviario, quam celerrime poterat post obitum eius summa devotione adimplere curavit.